

Capítulo 29 – El despertar.

Introducción:

Justo cuando pensamos que era seguro volver al agua, el tiburón del especialismo asoma su fea cabeza de nuevo. El tema principal de este capítulo son los ídolos, sinónimo de las relaciones especiales, el cual es un término que no se utiliza aquí, aunque la palabra especial aparece una vez.

Volveremos a repasar este tema de una manera ligeramente diferente, partiendo de lo que vimos en el Capítulo 28 cuando hablamos de causa y

efecto. Nuestro enfoque ahora en ídolos/relaciones especiales no está tan

relacionado con lo que hacemos entre nosotros (como antes casi siempre era

el caso), sino en cómo usamos el mundo y el ego mismo como substitutos

de Dios. Este es el significado principal de los ídolos, y la última vez que

analizamos sistemáticamente este término fue en el Capítulo 10, "Los ídolos de la enfermedad". Allí, también, se refería al dios falso que inventamos como substituto de nuestro Creador.

El propósito continúa como un tema principal en estos capítulos finales, al

igual que el importante tema del cambio, implícito en todo lo que discutimos. La separación marca el primer cambio, y todos nuestros cambios de mentalidad-errada son fragmentos proyectados de ese error

original. El cambio a la Expiación del Espíritu Santo, donde comenzamos

este movimiento de nuestra sinfonía, es la corrección del cambio original,

sin mencionar su deshacimiento.

El principio de Expiación.

Esta declaración del principio de la Expiación se produce en la apertura del

capítulo y abre también nuestra discusión. Dios es, y no puede haber nada

más porque lo que parece existir fuera de nuestra Fuente, la única realidad, debe ser ilusorio.

(I.1:1-5) No hay tiempo, lugar ni estado del que Dios esté ausente. No hay nada que temer. Es imposible que se pudiese concebir una brecha en la Plenitud de Dios. La transigencia que la más insignificante y diminuta de las brechas representaría en Su Amor eterno es completamente imposible. Pues ello querría decir que Su Amor puede albergar una sombra de odio, que Su bondad puede a veces trocarse en

ataque y que en ocasiones Él podría perder Su infinita paciencia.

El tema de la brecha continúa del Capítulo 28, y Jesús reafirma el feliz hecho de que la separación no pudo haber ocurrido. Dado que Dios y Su

Amor son constantes, también lo es la integridad de la verdad. Esto significa que es imposible que incluso la más diminuta y alocada idea surja

en la Mente de la perfecta Totalidad y Unidad. Uno no puede transigir con

Dios, por eso hablamos del perfecto sistema de pensamiento no-dualista del

Curso. La ilusión no tiene lugar en la Mente del Creador, y Su totalidad que

todo lo abarca no puede tener nada que ver con un mundo separado y fragmentado. El Cielo y el mundo son estados mutuamente excluyentes: la

perfección no puede estar en la imperfección; el amor no encuentra hogar

en el temor; y la unidad no existe en un estado de separación.

Pasamos a "La morada inmutable" y regresaremos a esta hermosa sección

en la conclusión de este movimiento.

(V.1) Hay un lugar en ti en el que este mundo en su totalidad ha sido olvidado, y en el que no quedan memorias de pecado ni de ilusiones. Hay un lugar en ti donde el tiempo ha desaparecido y donde se oyen ecos de la eternidad. Hay un lugar de descanso donde el silencio es tan

absoluto que no se oye ningún sonido, excepto un himno que se eleva hasta el Cielo para brindar júbilo a Dios el Padre y al Hijo. Allí donde Ambos moran, allí Ambos son recordados. Y allí donde Ambos están,

allí se encuentran el Cielo y la paz.

Jesús habla de la mente correcta, una vez que la hemos elegido inequívocamente. Es la morada del Espíritu Santo, el hogar del recuerdo del

Amor de Dios y la puerta de entrada al mundo real que espera nuestra decisión de despertar de los febriles sueños de culpa y miedo, volviendo al

Cielo que nunca abandonamos.

(V.2:1-2) No creas que puedes cambiar el lugar donde Ellos moran.

Pues tu Identidad reside en Ellos, y allí donde Ellos están, allí tienes que estar tú para siempre.

La diminuta y alocada idea es la creencia de que el cambio es posible, que

el Hijo de Dios puede habitar en una mente que está fuera de la Mente de

Dios y Cristo, su verdadero hogar y Ser. ¡Qué tonto es creer en mentiras

cuando la verdad trae solo felicidad y paz eterna!

(V.2:3-4) La Inmutabilidad del Cielo se encuentra tan profundamente dentro de ti, que todas las cosas de este mundo no hacen sino pasar de

largo, sin notarse ni verse. La sosegada infinitud de la paz eterna te envuelve dulcemente en su tierno abrazo, tan fuerte y serena, tan tranquila en la omnipo-tencia de su Creador, que nada puede perturbar al sagrado Hijo de Dios que se encuentra en tu interior.

Una y otra vez, Jesús nos recuerda que Dios no tiene nada que ver con un

mundo inexistente que pasa de largo sin que Él lo note o lo vea. Como resultado, debemos estar atentos a la necesidad del ego de traer a nuestro

Creador al mundo de ilusión. El método del ego en su locura es que, si Dios

estuviese involucrado con la ilusión, significaría que la ilusión es real; tan

real, de hecho, que tendría el poder de perturbar a Dios y motivarlo a Él a

responderle. Lo anterior, entonces, es la respuesta amorosa del Espíritu

Santo a la locura de creer que ese cambio es posible, y que el Hijo de Dios

ha establecido su residencia fuera del Cielo.

Los pasajes que examinamos ahora traen el tema de los ídolos en varias

expresiones del principio de Expiación:

(II.6:1-2) Ésta es la promesa del Dios viviente: que Su Hijo viva, que toda criatura viviente forme parte de él y que nada más viva. Aquello a lo que tú has dado “vida” no está vivo, y sólo simboliza tu deseo de vivir separado de la vida, de estar vivo en la muerte, y de percibir a ésta como si fuese la vida, y al vivir, como la muerte.

En nuestros sueños locos le hemos dado vida a un cuerpo que no tiene vida;

y como fue hecho para ser un sustituto de nuestra verdadera vida en el

espíritu, es un ídolo. El cuerpo simboliza el deseo de nuestra mente de vivir

separados de nuestra Fuente, creyendo mágicamente que podemos encontrar vida en una existencia moribunda. Este pobre sustituto de la

realidad encarna el pensamiento del ego sobre la muerte en una existencia

separada y corpórea que está fuera de la Mente del Dios viviente.

(VIII.7) ¿Dónde están los ídolos? ¡En ninguna parte! ¿Podría haber brechas en lo que es infinito? ¿Podría haber un lugar en el que el tiempo pudiese interrumpir la eternidad? Un paraje de obscuridad allí donde todo es luz o un sombrío nicho dentro de lo que es infinito no tiene un lugar donde poder existir. Los ídolos están más allá de donde Dios ha establecido todas las cosas para siempre, y donde no dejó cabida para nada, excepto Su Voluntad. Un ídolo no es nada, ni se encuentra en ninguna parte, mientras que Dios lo es todo y se encuentra en todas partes.

Esta declaración de la Expiación descarta todo lo que el ego nos dice que es

cierto. En la clarificación de términos, Jesús dice que el ego es nada y que

no se encuentra en ninguna parte (C-2.6). Para ocultar su inherente nada, el

ego inventó el universo y luego el cuerpo para percibirlo y proclamarlo bueno, como el Dios bíblico dijo cuando miró a su creación. Y el mundo es

realmente bueno – ¡para el ego! La aparente inmensidad del universo

apunta a su realidad como algo, impidiendo el reconocimiento de que es

solo una cubierta de nada para un ego inexistente y su sistema de pensamiento de ídolos: culpa, miedo y muerte.

(VIII.9:1-4) Dios no tiene muchos Hijos, sino Uno solo. ¿A cuál de ellos se le puede dar más y a cuál menos? En el Cielo el Hijo de Dios no podría por menos que reírse de la idea de que un ídolo pudiese interrumpir su paz. El Espíritu Santo habla en nombre de ese Hijo, y te dice que los ídolos no tienen ningún propósito aquí.

Los ídolos tienen un propósito definido dentro del sistema del ego, pero dado que un sistema de pensamiento basado en ilusiones es nada, al final

deben carecer de propósito. De manera similar, poner nuestra fe en el ego es

ponerla en la falta de fe, porque es fe en lo que no existe. Nota, también, el

tema de la risa que es tan prominente en estos últimos capítulos. Es la única

respuesta sana a la patente locura del ego, tanto ontológicamente como en

nuestra vida diaria.

(VIII.9:5) Pues más que el Cielo jamás podrás tener.

El ego quería que fuéramos más que el Cielo, diciéndole a Dios al principio: "Tu amor no es suficiente. Yo quiero algo más que el todo". Y como deseamos lo contrario del todo, creemos que se cumplió.

(VIII.9:6-11) Y si el Cielo se encuentra en ti, ¿por qué ir en pos de ídolos que lo menoscabarían, creyendo que te van a dar más de lo que Dios os otorgó a tu hermano y a ti, en cuanto que uno con Él? Dios te dio todo lo que existe. Y para asegurarse de que no lo pudieses perder, se lo dio también a toda cosa viviente. Y así, toda cosa viviente es parte

de ti, así como de Él. Ningún ídolo puede hacer que seas más que Dios. Mas nunca estarás satisfecho siendo menos.

El todo de Dios está en nosotros, y en cada aparente fragmento de la Filiación – sin excepción. La réplica del ego es: "¡Te lo mostraré!" Luego inventa un mundo en el que continuamente nos esforzamos por ser felices a

expensas de otro, encontrando placer en los intentos desesperados de demostrar que el especia-lismo que tenemos aquí es mejor que el amor que

teníamos en el Cielo. Dado que esto es una tontería, nos esforzamos por probar que la verdad está equivocada y por autenticar como verdadero lo que nunca puede ser. Y entonces nos identificamos con el cuerpo, el instrumento de separación y ataque del ego.

Las "cosas vivientes" a las que se refiere Jesús no son una forma, porque ya nos ha dicho que no hay nada vivo aquí. Más bien, se refiere a los aparentes fragmentos del Hijo de Dios, cuya "vida" está presente en cada parte como una memoria guardada en la mente. Esto es negado por el cuerpo sin mente, y su nada inherente, el cual es el siguiente tema que consideramos. La nada del cuerpo.

(II.1:1) ¿Cómo no ibas a percibir como liberación del sufrimiento el darte cuenta de que eres libre?

Jesús hace la misma pregunta que en los pasajes anteriores, diciéndonos, en efecto: “¿Por qué elegirías la nada que crees que tienes, cuando ya lo tienes todo? Todo lo que necesitas hacer para recordar el todo de Dios es seguir lo que estoy enseñando. Mirar los ídolos de especialismo del ego sin juicio me permite ayudarte a perdonarlos. Serás liberado de todo sufrimiento cuando el recuerdo del Amor de Dios surja en tu conciencia, disolviendo la insignificante nada con la que te has identificado. Vengan, hijos míos, escuchen, vean y vengan a casa conmigo”.

(II.1:2-4) ¿Por qué no habrías de aclamar a la verdad en vez de considerarla un enemigo? ¿Por qué razón te parece arduo, escabroso y demasiado difícil de seguir una senda que es fácil y que está tan claramente marcada que es imposible perderse? ¿No será acaso porque consideras que es el camino al infierno en vez de una manera sencilla de encontrarte en el Cielo y en Dios que no exige sacrificios ni pérdidas?

El ego nos dice que si escuchamos al Espíritu Santo y reconocemos que el mundo es un sueño, nos encontraremos en el infierno del olvido y la aniquilación. Dice que el Cielo se mantiene por el camino del juicio, reforzando nuestra identidad como individuos separados y especiales. Mantenemos este yo intacto al proyectar su pecado concomitante sobre todos los demás, culpando a otros de nuestra miseria. Percibimos a Jesús, y posteriormente a su curso, como que nos lleva al infierno, porque es el camino (el fácil camino del perdón) que nos lleva más allá de la existencia individual a la Unicidad del Cielo, la definición del ego del infierno. Este es el por qué necesitamos un Maestro que use contrastes para señalar la diferencia entre dicha y dolor, libertad y aprisionamiento, Cielo e infierno.

(II.8:1-7) La enfermedad es la exigencia de que el cuerpo sea lo que no es. Su insubstantialidad, no obstante, garantiza que no puede enfermar.

En tu exigencia de que sea más de lo que es radica la idea de la enfermedad. Pues dicha exigencia requiere que Dios sea menos de lo que realmente es. ¿Qué va a ser de ti, entonces, si es a ti a quien se le exige sacrificio? Pues a Dios se le informa que parte de Él ya no le pertenece. Y a Él no le queda otro remedio ahora que sacrificar tu ser y, como resultado de Su sacrificio, tú te engrandesces y Él se empequeñece al perderte a ti.

Dado que el cuerpo es inherentemente nada, siendo una proyección de un pensamiento de nada, usarlo para atacar (por ejemplo, la enfermedad) es una locura. La verdadera enfermedad no se encuentra en los síntomas corporales sino en la locura de la mente que cree que la nada es algo. Entonces, ¿qué se sacrifica? Seguramente no el cuerpo, sino el Cristo que es nuestro Ser. Esta es la base del juego infantil del sube y baja que los infantes jugamos con Dios: uno sube, el otro baja. Si Él gana, nosotros perdemos y debemos sacrificarnos y morir, la última pérdida; si ganamos y

obtenemos el yo que queremos, Dios es destruido. Uno u otro sigue siendo la regla cardinal del juego del ego.

(II.8:8) Y lo que ya no le pertenece, se convierte en tu dios y te impide ser parte de Él.

Lo que ya no le pertenece a Dios somos nosotros: el yo que creemos que le robamos. Vimos en el capítulo anterior que en la separación “el Padre estaba privado de Sus Efectos” (T-28.II.8:1). Cuando Su Hijo le fue arrebatado a Él, Dios, fue disminuido hasta tal punto que desapareció, el principio central en el sueño del ego. Sin Su Hijo, Dios no puede existir, porque no hay Creador sin Su extensión. La guerra con Dios es, de hecho, una lucha de vida-o-muerte, la misma que experimentamos aquí en cada momento de nuestras vidas. Esto explica por qué nos ejercitamos tanto por nada; incluso la cosa más trivial simboliza la batalla ontológica con nuestra Fuente en la que hay un vencedor y un perdedor. El mundo da fe del hecho aparente de que somos los vencedores, y es la razón por la que no queremos abandonar nuestra existencia mundana.

(II.9:1-2) El cuerpo al que se le pide ser un dios es vulnerable al ataque, ya que su insubstancia-lidad no se reconoce. Y así, parece ser algo con poder propio. El cuerpo debe ser atacado porque fue hecho por el ataque. De hecho, es la encarnación del pensa-miento de ataque: existimos porque matamos a Dios.

Fabricamos otros cuerpos para proyectar sobre ellos nuestros “pecados secretos y odios ocultos” (T-31.VIII.9:2). Esta pesadilla es perpetuada por la creencia de que nuestros enemigos deben matar porque fueron hechos a imagen y semejanza de nuestro yo asesino: el poder que destruyó el Cielo y

estableció al yo separado como Dios.

(II.9:3) Al ser algo, se puede percibir, y también se puede pensar que siente y actúa, y que te tiene prisionero en su puño.

Parece como si fuéramos prisioneros del cuerpo, sujetos a sus leyes punitivas de culpa y castigo que llevan al loco pensamiento de que, si tan

solo pudiéramos morir, seríamos libres. No nos damos cuenta de que el cuerpo no es el prisionero, ni siquiera el carcelero. Estos roles pertenecen a

la mente que es a la vez víctima y victimario, el que está encerrado tras las

rejas y el que tiene las llaves. No somos conscientes de la verdad en esta

situación porque el ego la ha enterrado, dejando nuestra conciencia centrada

sólo en los sufrimientos y aprisionada en el mundo de ataque, sufrimiento y muerte.

(II.9:4-6) Y puede que llegue a ser lo que le exigiste que fuese. Y lo odiarás por su insignificancia, sin darte cuenta de que el fracaso no se debe a que sea menos de lo que tú crees que debe ser, sino sólo a que no

te has dado cuenta de que no es nada. No obstante, en el hecho mismo

de que no es nada reside tu salvación, de la cual quieres huir.

Odiarnos nuestro cuerpo por su pequeñez y vulnerabilidad, porque creemos

que causa dolor, y lo odiamos por el sistema de pensamiento que representa,

el cual demanda nuestro sufrimiento. Sin embargo, no es el cuerpo lo que

odiamos, como vimos antes (T-28.VI.1-3), sino la culpa de la mente.

Difícilmente el problema es que el cuerpo no sea más saludable, más fuerte

o más atractivo de lo que es, sino que no nos damos cuenta de su nada, el

efecto de una causa que es nada. Este hecho es nuestra salvación porque la

falta de valor del cuerpo, que proviene de la falta de valor del ego, es la

defensa contra el valor del perdón del Espíritu Santo. Si realmente viéramos que el cuerpo es nada, y que elegirlo a él y al ego fue un error, lo corregiríamos fácilmente cambiando nuestras mentes y estando con todo lo que es la abundancia del Cielo. Es el poder correctivo de decisión de la mente lo que nos salvará, del cual Jesús nos dice que estamos huyendo constantemente.

(II.10:1-2) En cuanto que “algo”, se le pide al cuerpo que sea el enemigo de Dios, y que reemplace lo que Dios es con pequeñez, limitaciones y desesperanza. Es Su pérdida lo que celebras cuando consideras al cuerpo algo que amas o algo que odias. No importa si amamos el cuerpo o lo odiamos. De cualquier manera, hemos hecho que el cuerpo sea real porque el amor y el odio son cara y cruz de la misma moneda de especialismo. Mientras veamos el cuerpo de esta manera, afirmamos la realidad del pensamiento de separación que le dio origen. Si eso fuera así, significaría que Dios es una ilusión. Por eso, una vez más, nos aferramos tan tenazmente al mundo de los cuerpos, y es el por qué nuestra resistencia a este curso es tan fuerte. No queremos dejar ir el cuerpo, porque entonces desapareceríamos en el Corazón de Dios, que para el ego significa la muerte. Luchamos con las enseñanzas de Jesús y las encontramos difíciles porque literalmente estamos luchando por las vidas de los ídolos que fabricamos como substitutos del glorioso Ser que realmente somos. De una forma u otra, buscamos hacer concesiones con Un Curso de Milagros al intentar traer un punto de verdad a la ilusión, un toque de amor a nuestro especialismo. Al hacerlo, creemos que lo tenemos todo – la verdad y nuestra individualidad. Sin embargo, Jesús nos recuerda que esto es

imposible, porque la verdad no se puede comprometer de ninguna manera.

El Amor de Dios es todo lo que hay:

(II.10:3) Pues si Dios es la suma de todo, entonces lo que no está en Él no existe, y en Su compleción radica la insubstancialidad del cuerpo. Lo que no está en Dios (es decir, el cuerpo) no existe, y la nada del cuerpo

significa la compleción de Dios. O la Totalidad perfecta de Dios lo es todo

- el Todo en Todo - y el ego y el cuerpo nada, o el cuerpo es real y Dios es

nada. Tememos esta simple verdad de uno u otro, porque si Dios es la suma

de todo, lo que no está en Él es irreal y nuestro yo especial es una ilusión.

Somos "salvados" de esta verdad si podemos involucrar a Dios con nuestros

cuerpos, como lo hicimos con el Dios bíblico que los creó. Esto explica la

gran popularidad de la Biblia, porque al enseñar la coexistencia de verdad/espíritu e ilusión/carne, se afirma el mundo de los opuestos del ego,

en clara distinción con Un Curso de Milagros donde la verdad y la ilusión

no pueden ser reales a la vez: el yo separado no coexiste con Dios.

(II.10:4-7) Tu salvador no ha muerto ni tampoco mora en lo que se edificó para ser un templo a la muerte. Él vive en Dios, y esto, y sólo esto, es lo que lo convierte en tu salvador. La insubstancialidad de su cuerpo libera al tuyo de la enfermedad y de la muerte. Pues lo que te pertenece a ti no puede ser ni más ni menos que lo que le pertenece a él.

Si Dios es todo, entonces todo lo que creó debe compartir Su vida eterna.

Los que atacamos y deseamos que mueran también son parte de esta vida.

Sus cuerpos pueden atacar o estar enfermos, pero sus mentes correctas

permanecen inmaculadas y puras, manteniendo dentro de ellas el recuerdo

de la vida que es el Ser, al igual que la nuestra. En ese bendito hecho,

reflejando el Hecho de la Unicidad perfecta del Cielo, radica nuestra salvación porque deshace nuestro adorar en el templo del ego de la enfermedad y la muerte.

Ídolos: los juguetes del ego.

Comenzamos esta sección sobre los ídolos con "El sueño de perdón": (IX.1:1-2) El que es esclavo de ídolos lo es porque está dispuesto a serlo.

Y dispuesto tiene que estar para poderse postrar en adoración ante lo que no tiene vida y buscar poder en lo que es impotente.

En los sueños del ego somos esclavos del cuerpo, del nuestro y del de los

demás. Además, somos esclavos dispuestos porque la mente ha elegido

libremente esta servidumbre, el cuerpo establece que existimos y no somos

responsables de nuestra existencia esclavizada. Aunque parecemos indefensos ante la fuerza de los sueños secretos y mundanos del ego, la

verdad es que nuestras mentes tomadoras de decisiones han negado su

propio poder y se lo han entregado al cuerpo impotente.

(IX.1:3-4) ¿Qué le sucedió al santo Hijo de Dios para que su deseo fuese

dejarse caer más bajo que las piedras del suelo y esperar que los ídolos

lo elevasen? Escucha, pues, tu historia en el sueño que tejiste, y pregúntate si no es verdad que no crees que es un sueño.

Nuestro hermano mayor nos dice: "Mira el sueño, y como no crees que lo

estás soñando, te hablaré de tus sueños de especialismo, los ídolos que crees

te harán íntegro y feliz. De esta manera comprenderás cómo llegaste a esta

lamentable situación, para luego permitirme sacarte de ella".

(IX.2:1-2) En la mente que Dios creó perfecta como Él Mismo se adentró un sueño de juicios. Y en ese sueño el Cielo se trocó en el infierno, y Dios se convirtió en el enemigo de Su Hijo.

El sueño del juicio es otra forma de hablar del pensamiento original de separación. Juzgamos que el Amor de Dios no era suficiente y que Su

Unicidad no nos permitiría ninguna libertad. En nuestro estado delirante, creíamos que podíamos tener una vida independiente de nuestra Fuente, y debido a la proyección percibimos que Dios nos estaba juzgando. Este fue el ímpetu que nos impulsó a abandonar rápidamente la mente y fabricar un mundo para escapar de la ira vengativa del Enemigo.

(IX.2.3-5) ¿Cómo puede despertar el Hijo de Dios de este sueño? Es un sueño de juicios. Para despertar, por lo tanto, tiene que dejar de juzgar. Esto explica por qué somos tan reacios a renunciar al juicio; es terriblemente difícil, por ejemplo, leer un periódico, escuchar una transmisión de noticias o conducir al trabajo sin hacer docenas de juicios y no pensar dos veces en ellos. La razón es clara: si dejamos de juzgar, despertaremos del sueño. Como el ego y su mundo comenzaron con el juicio, lo que llamamos nuestra vida está inextricablemente entrelazada con esta falta de perdón original al Creador. Es nuestra fuente de oxígeno y nutrición, porque sin juzgar, el ego nos dice que dejaríamos de existir. La importancia de esta idea también se enfatiza en el folleto de Psicoterapia, donde Jesús dice a los terapeutas que la curación se logra cuando se olvidan de juzgar a sus pacientes (P-3.II.6:1; 7:1). De manera similar, para reafirmar este pensamiento esencial, si realmente queremos ser sanados y despertar del sueño, debemos dejar de juzgar a los demás. Es útil para nosotros ser conscientes de cuánto nos aferramos a nuestras percepciones erróneas y por qué. Al hacerlo es como mantenemos la ilusión de que el sueño de la separación es cierto, como lo es nuestro estado separado. Esto nos ayuda a entender por qué los estudiantes tienen tanta resistencia a Jesús y al Curso, cuyo propósito claramente expresado es el perdón, el abandono del juicio.

(IX.2:6-7) Pues el sueño parecerá prolongarse mientras él forme parte de él. No juzgues, pues el que juzga tiene necesidad de ídolos para

evitar que sus juicios recaigan sobre él mismo.

Fuimos nosotros quienes hicimos el primer juicio, el cual nos abrumó con la

culpa y nos llevó a creer que Dios nos castigaría por nuestro pecado contra

Él. Para respaldar esta grave percepción errónea, necesitamos ídolos de

odio especial sobre quienes podamos proyectar esta culpa para que nuestro

pecado descansa sobre ellos en el juicio que exige su castigo en lugar del

nuestro.

(IX.2:8-9) No puede tampoco conocer al Ser que ha condenado. No juzgues, pues si lo haces, pasas a formar parte de sueños malvados en los que los ídolos se convierten en tu "verdadera" identidad, así como en la salvación del juicio que, lleno de terror y culpabilidad, emitiste acerca de ti mismo.

El juicio es el propósito de las relaciones aquí – los ídolos que creemos que

amamos u odiamos – porque necesitamos objetos especiales sobre los que

podamos proyectar nuestra culpa. Esto no solo nos "protege" de nuestro yo

maligno, enraizándonos en sueños de pecado y castigo, sino que, aún más al

grano, evita que el tomador de decisiones de la mente elija recordar su Ser.

(IX.3:1-2) Todas las figuras del sueño son ídolos, concebidos para que te salven del sueño. No obstante, forman parte de aquello para salvarte

de lo cual fueron concebidos.

Los ídolos son parte del sueño, hechos para salvarnos del sueño.

Recuerda

nuestra discusión en el Capítulo 28 sobre los sueños de muerte a los que

invitamos a nuestros socios especiales a sumarse. El ego nos dice que estos

ídolos de especialismo nos liberarán de la culpa y el dolor, a expensas de

ellos. Sin embargo, simplemente refuerzan el sueño de miedo y venganza, reforzando nuestra identificación con el sueño. Para decirlo de otra manera: el sueño de la culpa no abandona su fuente en la mente. (IX.3:3-4) De esta manera, el ídolo mantiene el sueño vivo y temible, pues, ¿quién podría desear un ídolo a no ser que estuviese aterrizado y lleno de desesperación? Esto es lo que el ídolo representa. Esto refleja esa importante línea de "Los dos cuadros": "Es esencial darse cuenta de que todas las defensas dan lugar a lo que quieren defender" (T17.IV.7:1). El propósito de las defensas es mantenernos alejados de la desesperación y del terror que sentimos por dentro, pero todo lo que hacen es fortalecer el sistema de pensamiento de terror y desesperación que es su causa. Aumentan nuestro miedo porque el mismo hecho de que necesitamos proyectarnos en los demás nos enseña hay algo dentro que necesita la defensa de la proyección. A esto le sigue que cuanto más usamos a otros para escapar de nuestro terror, más culpables nos sentiremos: el infame ciclo de culpa/ataque que mantiene la adoración de la mente al ego y sus dioses, los ídolos de especialismo. (IX.3:5-7) Todo juicio es una injusticia contra el Hijo de Dios, y es justo que el que le juzgue no escape la pena que se impuso a sí mismo dentro del sueño que forjó. Dios sabe de justicia, no de castigos. Pero en el sueño de juicios tú atacas y te condenas a ti mismo; deseas ser el esclavo de ídolos que se interponen entre tus juicios y la pena que éstos conllevan. Este muy significativo pasaje expone el propósito del ego para la proyección. Al encontrar intolerable el justo castigo del ego para nuestro pecado, soñamos con verlo en los demás, deseando que sufran la pena que

es el justo castigo por nuestras acciones pecaminosas contra el Dios que

todo lo ama. De esta manera se hace justicia, ya que la culpa exige que haya

un pecador que nos impulsa a fabricar un mundo de ídolos que se convierten en los destinatarios justificados del pecado que hemos proyectado.

(IX.4:1-2) No puede haber salvación en el sueño tal como lo estás soñando. Pues los ídolos no pueden sino ser parte de él, para salvarte de

lo que crees haber hecho y de lo que crees que hiciste para volverte un pecador y extinguir la luz interna.

Es cuando finalmente reconocemos esta verdad que podemos decir y exclamar: "Debe haber otra manera, otro sueño que funcionará mejor que el

mío. Debe haber alguien dentro que me pueda ayudar, porque lo que estoy

haciendo no me ha traído paz". Para decirlo de otra manera, nuestros ídolos

no han tenido éxito en deshacer la culpa por lo que creemos que logramos:

el asesinato de Dios, el sueño secreto de separación que estableció la necesidad del sueño de odio del mundo que nos salvaría de los pensamientos de pecado y castigo de la mente (el cuadro de la mentalidad-errada

del gráfico [ver Apéndice]).

En el resto de este párrafo y en el siguiente, encontramos una analogía importante que Jesús ha usado antes, pero nunca tan dramáticamente.

El

mundo es un juego infantil con juguetes que no son reales y que no se pueden tomar en serio, porque ¿cómo puede una fantasía ser motivo de

preocupación? Este es el tema que ahora desarrolla:

(IX.4:3-5) Criatura de Dios, la luz se encuentra en ti. No estás sino soñando, y los ídolos son los juguetes con los que sueñas que juegas. ¿Quiénes, sino los niños, tienen necesidad de juguetes?

Aunque soñamos que apagábamos la luz de la inocencia, esta permanece en

nuestras mentes. Esto tiene sentido para nosotros cuando nos elevamos por

encima del campo de batalla para mirar hacia abajo al mundo en el que pensamos que coexistimos con todos los demás, cada uno en busca del otro con el espíritu de mata o te matarán. Esta vida en el campo de batalla es realmente seria, porque cuando separamos el efecto (el cuerpo) de la causa (la mente), los acontecimientos mundanos son trágicos. Sin embargo, al llevar el efecto a la causa, nos damos cuenta de que la causa no es nada – la separación nunca ocurrió – y el mundo se puede percibir de nuevo.

Jesús nos pide que miremos con él nuestras angustiadas preocupaciones, viéndolas transformadas en tontos juguetes que no tienen ningún efecto en nuestras santas mentes. Simplemente hemos jugado con ellos un rato haciendo que parezcan reales, otorgando a los juguetes el poder de cambiarnos, ayudándonos a evitar la responsabilidad por los sueños secretos de odio de la mente errada. Pero los juguetes son juguetes, los cuales solo merecen la respuesta de una sonrisa suave y una risa gentil.

(IX.4:6-8) Los niños juegan a gobernar el mundo, y le otorgan a sus juguetes el poder de moverse, hablar, pensar, sentir y comunicarse por ellos. Sin embargo, todo lo que los juguetes parecen hacer sólo tiene lugar en las mentes de aquellos que juegan con ellos. No obstante, ansían olvidarse de que ellos mismos son los autores del sueño en el que los juguetes son reales, y no quieren reconocer que los deseos de éstos son en realidad los suyos propios.

Al ver a los niños jugar con juguetes, reconoceríamos la descripción de Jesús. Nos está diciendo que somos como esos pequeños, excepto que nuestro propósito es cruel. Usamos nuestros juguetes de especialismo para servir al ego. El objetivo es mantenernos sin mente, olvidando que somos

los soñadores y no las odiadas figuras oníricas de nuestras proyecciones.

(IX.5:1-5) Las pesadillas son sueños pueriles. En ellos los juguetes se han vuelto contra el niño que pensó haberles otorgado realidad. Mas, ¿tiene acaso un sueño el poder de atacar? ¿O podría un juguete volverse enorme y peligroso, feroz y salvaje? Esto es lo que el niño cree,

pues tiene miedo de sus pensamientos y se los atribuye a los juguetes. En los sueños y las fantasías de un niño, los juguetes ciertamente pueden

“volverse enormes y peligrosos, feroces y salvajes” – pero no en la realidad.

Esto es obvio cuando observamos a los niños, pero no es tan claro cuando

lo pensamos sobre nosotros mismos. Cualquier cosa que nos atemorice en

el mundo, no importa cuántos millones puedan estar de acuerdo sobre el

origen de nuestro miedo, el hecho es que reside sólo en los pensamientos de

pecado y castigo, que nunca han abandonado su fuente en la mente.

Un

juguete sigue siendo un juguete, y las ilusiones no pueden afectar a nada

excepto a los sueños infantiles en los que nuestra imaginación proyectada se

ha alejado de nosotros.

(IX.5:6) Y la realidad de éstos se convierte en la suya propia porque los juguetes parecen salvarlo de sus propios pensamientos.

Esto revela el propósito del mundo de los ídolos especiales: necesitamos

que otros nos protejan de la culpa que creemos que es real dentro de nuestras mentes pecaminosas y que merecemos castigo.

(IX.5:7-9) Sin embargo, los juguetes mantienen sus pensamientos vivos

y reales, pero él los ve fuera de sí mismo, desde donde pueden volverse

contra él puesto que los traicionó. El niño cree que necesita los juguetes

para poder escapar de sus pensamientos porque cree que sus

pensamientos son reales. Y así, convierte todo en un juguete para hacer
que su mundo siga siendo algo externo a él, y pretender que él no es más que una parte de ese mundo.
Estos son nuestros pensamientos de culpa, juicio y ataque, se encuentran
todos dentro de la mente y son parte de su sueño secreto. Los proyectamos
y vemos separación y culpa a nuestro alrededor, y deben estar ahí porque
los pusimos allí, habiéndolos hecho primero reales en la mente: la proyección da lugar a la percepción. A pesar de la estrategia eficaz de la
ausencia de la mente, podemos reconocer la fuente de los juguetes del ego
al permitir que el milagro dirija nuestra atención hacia adentro. Allí entendemos que hacemos el papel de víctima, asediada por los ídolos que
inventamos y luego olvidamos que los hemos inventado. Este es el resultado del sueño de juicio del ego que comenzó en la mente y nunca la
ha abandonado para viajar al lejano país de nuestro especialismo.
(I.1:6-9) Esto es lo que crees cuando percibes una brecha entre tu hermano y tú. ¿Cómo ibas a poder, entonces, confiar en Dios? Pues Su Amor debe ser un engaño. Sé precavido entonces: no dejes que se te acerque demasiado y mantén una brecha entre Su Amor y tú a través de la cual te puedas escapar en caso de que tengas necesidad de huir. La primera parte de este párrafo (ver arriba) describe la locura del ego al
creer que Dios se comportó como un ego, reflejado en los pensamientos y
acciones de la deidad bíblica. Tal creencia es inevitable una vez que vemos
a nuestro hermano separado de nosotros, porque nadie puede percibir la
separación en la Filiación sin también verla en su Creador. Esto justifica que nos mantengamos alejados de Él, preservando al individuo. El ego quiere hacernos creer que Su Amor lo extinguirá. Nuestros ídolos vienen al

rescate porque refuerzan el especialismo que mantiene a Dios y a Su Hijo a distancia, una brecha de aparente seguridad que no sólo mantiene a raya a nuestros enemigos percibidos, sino que también nos protege de nuestra culpa.

(I.2) Aquí es donde más claramente se puede ver el temor a Dios. Pues el amor es traicionero para aquellos que tienen miedo, ya que el miedo y el odio siempre van de la mano. Todo aquel que odia tiene miedo del amor y, por lo tanto, no puede sino tener miedo de Dios. Es indudable que no conoce el significado del amor. Teme amar y ama odiar, y así, piensa que el amor es temible y que el odio es amor. Esto es lo que inevitablemente les sucede a todos aquellos que tienen en gran estima a

esta pequeña brecha, creyendo que es su salvación y esperanza.

En esa preciada brecha de separación, creída en la mente y percibida en el

cuerpo, se encuentran las semillas de nuestra locura. En la locura creemos

que el amor es temible mientras que el miedo y el odio son apreciados, ya

que el amor marca el final del ego mientras que el odio hace realidad el yo

ilusorio del ego, reforzando el sistema de pensamiento de intereses separados que sostiene nuestra identidad especial.

(I.3:1-3) ¡El temor a Dios! El mayor obstáculo que la paz tiene que salvar no ha desaparecido todavía. Los demás ya han desaparecido, pero éste todavía sigue en pie, obstruyendo tu paso y haciendo que el camino hacia la luz parezca oscuro y temible.

El temor a Dios, el cuarto obstáculo a la paz (T-19.IV-D), es que en Su Presencia nuestra identidad especial dejaría de existir. Por lo tanto, buscamos continuamente alejarlo a Él, fortaleciendo nuestra enorme culpa.

Como no queremos devolver lo que le robamos al Cielo, intentamos separarnos de la culpa de nuestro yo individual dándosela a alguien.

Sin

embargo, dado que compartimos la misma mente, lo que les hacemos a los

demás también lo debemos percibir como que nos lo hacen a nosotros. Esta proyección refleja el voto secreto que hemos hecho entre nosotros (T28.VI.4-5), sostenido por nuestra danza compartida de especialismo y muerte, y conservado por la creencia de que la culpa puede abandonar su fuente en nuestra mente y existir en otra.

(I.3:4-6) Has decidido que tu hermano es tu enemigo. Tal vez tu amigo en algunas ocasiones, siempre que vuestros diferentes intereses permitan vuestra amistad por algún tiempo. Pero no sin dejar una aparente brecha entre vosotros, en caso de que él se vuelva a convertir en tu enemigo.

Siempre tenemos que estar en guardia, porque los demás son tan traidores como nosotros. De hecho, somos los mismos traidores. Debemos percibirlos así, personas en las que no podemos confiar, porque somos personas en las que no se puede confiar, al haber traicionado el Amor de Dios rompiendo la promesa de ser Su Hijo. Por lo tanto, nos inventamos a todos en nuestra vida a imagen de la culpa, el amor especial o el odio especial, como nos han hecho ellos. Inevitablemente, todos bailamos al son de esta melodía cruel y disonante de auto-preservación, pero haciendo a otros responsables de la brecha pecaminosa entre nosotros.

(I.3:7) Deja que se acerque a ti, y te haces atrás; acércate a él, y él instantáneamente emprende la retirada.

Tememos la intimidad y nos repugna la idea de acercarnos a los demás, pero no por las razones que pensamos. Si realmente nos permitiéramos experimentar nuestras necesidades, intereses y objetivos compartidos, este sería un pequeño paso para darnos cuenta de que nosotros y Dios somos uno, la sepa-ración nunca sucedió, y la persona que experimentamos como

nosotros mismos tampoco nunca sucedió.

(I.3:8-10) El acuerdo que establecisteis fue tener una amistad cautelosa

y de limitado alcance, cuya intensidad estuviese cuidadosamente restringida. De modo que lo único que tú y tu hermano hicisteis fue establecer un pacto condicional en el que uno de sus puntos era una cláusula de separación que tanto tú como él acordasteis no violar. Y convinisteis que violarla sería una infracción del acuerdo de todo punto intolerable.

Jesús usa el lenguaje de la diplomacia internacional para caracterizar lo que

hacemos unos con otros: negociar pactos o tratados de especialismo.

Sin

embargo, así como las naciones no confían unas en otras cuando hacen

acuerdos, nosotros tampoco, razón por la cual nuestras relaciones especiales

están imbuidas de tanta tensión y desconfianza. No hace falta decir que

secretamente queremos que otros violen nuestros acuerdos, porque su perfidia justificaría el odio que protege la culpa secreta de nuestra mente.

(I.4:1-5) La brecha entre vosotros no es el espacio que hay entre vuestros cuerpos, pues ese espacio tan sólo da la impresión de dividir vuestras mentes separadas. La brecha entre vosotros es el símbolo de una promesa que os habéis hecho de encontraros cuando os parezca, y luego separaros hasta que los dos decidáis encontraros de nuevo. Y entonces vuestros cuerpos parecerán ponerse en contacto y concertar un lugar de encuentro donde reunirse. Pero siempre es posible que cada uno siga su camino.

Siempre tenemos una salida en nuestras relaciones. Aunque podamos declarar nuestro amor mutuo, no amamos realmente a los demás, sino solo

lo que pueden hacer por nosotros. En última instancia, lo que otros dan es el

regalo de perpetuar nuestra existencia dentro del sueño como víctimas inocentes. Esto se logra mejor por su infidelidad, que nos permite decir al

mundo y a Dios: “No somos los pecadores, porque ellos son los que rompen

sus promesas y traicionan nuestra confianza".

(I.4:6-7) Supeditado al "derecho" de separaros, acordáis reuniros de vez en cuando y mantener vuestra distancia con intervalos de separación que os protejan del "sacrificio" del amor. El cuerpo os salva, pues os aleja del sacrificio total y os da tiempo para reconstruir una vez

más vuestros yos separados, que creéis que realmente menguan cuando

os reunís.

Nuestro juramento mutuo es mantener la separación, sacrificando así nuestro ser compartido que refleja al único Ser del Cielo. La dinámica a la

que Jesús se refiere aquí es el elemento caníbal del amor especial que hemos visto antes (por ejemplo, T-16.V). Nuestro yo especial se cambia continuamente por el de otro, disminuyendo quienes somos y buscando

incrementar nuestro yo inadecuado con uno considerado mejor. El ego nos

convence de que se necesita tiempo para reemplazar lo que hemos perdido,

incluso mientras nos regocijamos por haber robado el especialismo que necesitamos. Este plan infructuoso está asegurado por no ser capaces de

desafiar las premisas de separación y ataque del ego, las cuales permanecen

enterradas en la mente inconsciente por nuestra identificación con el asediado cuerpo sin mente. Además, sabemos que nuestro "amor" es especial porque no es total, inclusivo, o permanente.

(I.5) El cuerpo no podría separar tu mente de la mente de tu hermano a

menos que quisieses que fuese la causa de vuestra separación y distanciamiento. Por consiguiente, le atribuyes un poder que no posee. Esto es lo que hace que tenga poder sobre ti. Pues ahora piensas que el

cuerpo determina cuándo debéis reuniros, y que limita vuestra capacidad de estar en comunión con la mente del otro. Y así, te dice adónde ir y como llegar hasta allí, lo que te es factible emprender y lo que no puedes hacer. Te dice también lo que su salud puede tolerar, así

como lo que lo fatigará y enfermará. Sus "inherentes" debilidades

establecen los límites de lo que puedes hacer y hacen que tu propósito sea débil y limitado.

Todo ocurre en la mente, la cual alberga la necesidad del ego de mantener la

separación, pero de excluir el pecado proyectándolo sobre sí misma.

Esta

dinámica nos es más que familiar a estas alturas, y es la culminación de la

estrategia del ego de la ausencia de la mente. Transferimos el poder del

tomador de decisiones de la mente al cuerpo que, siendo algo sin mente, se

apropia de este poder en nuestra experiencia. La conciencia de la mente

tomadora de decisiones se mantiene oculta bajo el doble escudo del olvido

previamente discutido (la culpa y el mundo), y nuestras vidas limitadas se

rigen por las leyes aparentemente inmutables del cuerpo. Todo esto mientras la mente, el poder desconocido detrás del trono del cuerpo, dirige

nuestras vidas desde el nacimiento hasta la muerte, siendo la única responsable de las brechas que nos mantienen separados a unos de otros y

de nuestro Dios.

(I.8:1-2) El cuerpo, que de por sí no tiene ningún objetivo, es la excusa que tienes para los diversos objetivos que tienes y que le obligas a perseguir. No es su debilidad lo que te asusta, sino su falta de fuerza o debilidad.

Estas importantes líneas afirman que tememos al cuerpo, no porque sea

débil sino porque es nada. Ya sea que lo pensemos fuerte o débil, pensamos

que es real. El hecho de que el cuerpo no sea ninguno de los dos es lo que

realmente nos amenaza, porque su nada inherente expone la nada del ego,

lo que significa nuestra inexistencia.

(I.8:3-7) ¿No te gustaría saber que nada se interpone entre tú y él? ¿No te gustaría saber que no hay brecha tras la que te puedas ocultar? Los

que descubren que su salvador ya no es su enemigo experimentan un sobresalto. Cuando se descubre que el cuerpo no es real se suscita una cierta aprensión y se experimentan matices de aparente temor en torno

al feliz mensaje de que "Dios es Amor".

Esto no tiene sentido a menos que entendamos que el yo individual depende

de la creencia de que Dios es miedo. Creer que Él es un Padre castigador

significa que nuestro pecado es real y la separación un evento real. La brecha entre los Hijos de Dios, forjada con ira, se justifica aquí, solidificando nuestra corporal y separada existencia, la cual está protegida

detrás de los muros de especialismo del ego. En pocas palabras, la ira de

Dios significa que existimos, mientras que Su Amor disuelve el yo que nunca existió.

(I.9) Cuando la brecha desaparece, no obstante, lo único que se experimenta es paz eterna. No más de eso, pero tampoco menos. Si no tuvieses miedo de Dios, ¿qué podría inducirte a que lo abandonases? ¿Qué juguetes o baratijas podría haber en la brecha que pudiesen privarte por un solo instante de Su Amor? ¿Permitirías que el cuerpo dijese "no" a la llamada del Cielo, si no tuvieses miedo de perder tu ser al encontrar a Dios? Mas ¿cómo sería posible que perdieses tu ser al hallarlo?

Este es nuestro miedo: "perder nuestro ser al encontrar a Dios". Nota la

frecuencia con que Jesús regresa a esta idea central en su sistema de pensamiento. Necesitamos leer estas palabras una y otra vez porque el miedo de la mente instruye a nuestros ojos para que las cubran en forma de

auto-protección. En consecuencia, nos adherimos a todo en el mundo especial de los "juguetes y baratijas", los ídolos de especialismo, para mantener a Dios alejado, manteniendo así nuestro estado sin mente (es

decir, corpóreo). Nos deleitamos en reforzar nuestra identidad dentro del

sueño, culpando a los demás por nuestra miseria para que nunca encontremos nuestro Ser en Dios.

El propósito de los ídolos.

"No busques fuera de ti mismo", la siguiente sección a considerar, se basa en el tema que es su título. Como un leitmotiv musical, "no busques fuera de ti mismo" se repite en todas partes, unificando el mensaje de Jesús de la plenitud de la mente que corrige nuestra experiencia continua de ser un cuerpo sin mente.

(VII.1:1-6) No busques fuera de ti mismo. Pues será en vano y llorarás cada vez que un ídolo se desmorone. El Cielo no se puede encontrar donde no está, ni es posible hallar paz en ningún otro lugar excepto en él. Ninguno de los ídolos que veneras cuando llamas a Dios te contestará en Su lugar. Ninguna otra respuesta que puedas utilizar como sustituto te proporcionará la felicidad que sólo Su respuesta brinda. No busques fuera de ti mismo.

La máxima del ego es "Busca, pero no halles", y hará que fracasemos en

nuestra búsqueda de cosas mundanas que nos den placer o felicidad.

El

mundo tiene que ver con esta búsqueda, y es la razón por la que el ego

fabricó el cuerpo. Buscando ídolos externos a la verdad que solo está adentro, nunca podemos volver a la mente – el lugar del problema y de la

respuesta.

(VII.1:7-9) Pues todo tu dolor procede simplemente de buscar en vano lo que deseas, y de insistir que sabes dónde encontrarlo. ¿Y qué pasaría

si no estuviese allí? ¿Preferirías tener razón a ser feliz?

Por supuesto que queremos tener razón, nuestro propósito al venir aquí. El

mundo sirve para demostrar que nosotros tenemos razón sobre la separación

y que Dios está equivocado, y nos esforzamos por mostrarle cuánta razón

tenemos. El problema, es que nadie es verdaderamente feliz aquí porque el

mundo de la ilusión no es nuestro hogar. Este hecho es la causa de todo

dolor, el cual buscamos remediar a través de diversas formas de magia:

remedios externos para el problema interno de la culpa y la falta de hogar.

(VII.1:10-2:5) Alégrate de que se te diga dónde reside la felicidad, y no la sigas buscando por más tiempo en ningún otro lugar, pues buscarás en vano. Mas se te ha concedido conocer la verdad, y saber que no la debes buscar fuera de ti mismo.

No hay nadie que venga aquí que no abrigue alguna esperanza, alguna ilusión persistente o algún sueño de que hay algo fuera de sí mismo que

le puede brindar paz y felicidad. Y así, al venir a este mundo, niega su propia verdad y se dedica a buscar algo que sea más que lo que lo es todo, como si una parte de ese todo estuviese separada y se encontrase

donde el resto no está. Éste es el propósito que le confiere al cuerpo: que busque lo que a él le falta y que le provea de lo que le restauraría su plenitud. Y así, vaga sin rumbo, creyendo ser lo que no es, en busca de algo que no puede encontrar.

Esta es nuestra historia, el estado triste y desesperado de tratar de hacer

frente a la desesperación, el terror y el odio a sí mismo. No podemos lidiar

con ellos, y para no sentir el dolor de nuestra existencia, continuamente

buscamos afuera una y otra y otra cubierta sin mente bajo la cual escondernos. A pesar de estos intentos frenéticos, nunca encontramos la paz

y el consuelo que buscamos, y debemos contentarnos con el auxilio ilusorio

que ofrece el especialismo en lugar del amor, nuestra verdadera Identidad y

hogar. En algún lugar dentro, conocemos la diferencia entre ilusión y verdad, y el pensamiento mordaz que expone las mentiras del ego nunca es

negado: ¿cómo puede la nada sustituir al todo?

(VII.3) Esta persistente ilusión le impulsará a buscar miles de ídolos, y más allá de éstos, mil más. Y todos le fallarán, excepto uno: pues morirá y no se dará cuenta de que el ídolo que buscaba era su muerte. La forma en que este ídolo se manifiesta parece ser algo externo a él.

No obstante, su intención es destruir al Hijo de Dios que se encuentra en su interior, y así probar que logró vencerlo. Éste es el propósito de todo ídolo, pues ése es el papel que se le asignó, y ése es el papel que no puede cumplir.

La muerte es un pensamiento que no tiene nada que ver con el cuerpo. Es la

prueba final de que el ego tiene razón y Dios está equivocado: si la muerte

fuese real, la vida no sería eterna y Dios habría mentido; si la muerte fuera

real, el cuerpo una vez vivió, los sueños son la realidad y el ego ha triunfado sobre el espíritu. Sin embargo, el verdadero ídolo, la decisión de

la mente por el sistema de pensamiento ilusorio de muerte del ego, permanece oculta tras las barreras de culpa y odio, protegida de todas las

incursiones de la verdad.

(VII.4:1-4) Siempre que tratas de alcanzar un objetivo en el que el mejoramiento del cuerpo es el beneficiario principal, estás buscando la muerte. Pues crees que puedes experimentar insuficiencia, y la insuficiencia es muerte. Sacrificarse es renunciar a algo, y, consecuentemente, estar privado de ello y haber sufrido una pérdida.

Y

mediante esta renuncia se renuncia a la vida.

Recuerda que el sistema de pensamiento del ego es lógicamente cohesivo e

internamente consistente, en el cual, si te suscribes a cualquiera de sus locos

pensamientos, los aceptas a todos. Al esforzarnos por complacer los apetitos del cuerpo en cualquier forma, no podemos evitar abrazar la totalidad del sistema del ego, del cual el sacrificio es un componente clave.

Recuerda que el ego nació a través del sacrificio del Ser, consagrandose para

siempre a la pérdida como la salvación, siendo la muerte la apreciada conclusión inevitable de su plan para triunfar sobre la vida.

(VII.4:5-6) No busques fuera de ti mismo. Esa búsqueda implica que te falta plenitud interna y que temes contemplar tu ruina, por lo que prefieres buscar lo que eres fuera de ti mismo.

Estas oraciones expresan claramente nuestra creencia de que falta algo en el interior (el principio de escasez o sensación de carencia), un hueco que intentamos llenar tomando ídolos del exterior y alimentán-donos de ellos.

De esa manera esperamos mágicamente que nuestro especialismo nos complete para que no sintamos el desesperado dolor de la culpa de la mente.

(VII.5) Los ídolos no pueden sino desmoronarse porque no tienen vida, y lo que no tiene vida es un signo de muerte. Viniste a morir, por lo tanto, ¿qué puedes esperar, sino percibir los signos de la muerte que buscas? Ni la tristeza ni el sufrimiento proclaman otro mensaje que el de haber hallado un ídolo que representa una parodia de la vida, el cual, al no tener vida, es realmente la muerte, a la cual se considera real

y se le da forma viviente. No obstante, no hay ídolo que no vaya a fracasar, desmoronarse y desintegrarse porque ninguna forma de muerte puede ser vida y lo que se sacrifica no puede ser íntegro.

La búsqueda de ídolos siempre terminará en futilidad, porque ¿cómo pueden los que no tienen vida dar vida o aumentarla? Ellos son meras parodias enfermas de la gloriosa creación de Dios, el espíritu que es el Cristo. Los ídolos van y vienen, aman y odian, sufren y mueren, y no pueden ser el verdadero Ser el cual es pleno, inmutable y eterno: "Lo que se

sacrifica no puede ser íntegro".

(VII.6:1) Todos los ídolos de este mundo fueron concebidos para impedirte conocer la verdad que se encuentra en tu interior y para que le fueses leal al sueño de que para ser íntegro y feliz tienes que encontrar lo que se encuentra fuera de ti mismo.

Aquí nuevamente está nuestro tema del propósito. Los ídolos fueron hechos

para impedir que se conociera la verdad interna, los cuales comprenden el

doble escudo del olvido del ego. Para repasar, el primero es el sueño secreto

de ser los asesinos, el cual nos protege del principio de Expiación de la mente correcta; el segundo es el sueño del mundo de ser los asesinados.

Reafirmando esto, tenemos el ídolo de la culpa de la mente por el pecado de

asesinato, y luego los ídolos llenos de pecado proyectados en el mundo.

Todos estamos obligados por el juramento del ego a ser fieles al propósito

para el que fueron diseñados estos ídolos.

(VII.9:6-10:3) El temor a Dios no es el miedo de perder tu realidad sino el miedo de perder tus ídolos. No obstante, has hecho de tu realidad un ídolo, y ahora lo tienes que proteger contra la luz de la verdad. Todo el mundo se convierte en el medio para poder salvar a este ídolo. De esta manera, la salvación parece amenazar la vida y ofrecer la muerte.

Mas no es así. La salvación trata de probar que la muerte no existe y que lo único que existe es la vida. Sacrificar la muerte no supone pérdida alguna.

Realmente no tememos el castigo de muerte y destrucción por parte de

Dios, como el ego quiere que pensemos; más bien, tememos la desaparición

en Su Amor que anularía nuestra individualidad y especialismo. Y por eso

le tememos a Jesús y nos resistimos a sus enseñanzas, sin mencionar el

terror de soltar nuestros juicios y odio. La salvación amenaza nuestra propia

existencia como un ego enojado, y nosotros experimentamos esta resistencia no solo en la comprensión de las palabras del Curso, sino aún

más importante al ponerlas en práctica. Esta aplicación no puede realizarse

forzando la voluntad; solo un suave dejar ir, con el tiempo, deshace nuestro

miedo y cura la creencia en la ilusión. Entonces, la salvación puede aceptarse por lo que es: el fin de la muerte que abre la puerta a la vida eterna.

La siguiente sección del texto, "El anti-Cristo", nos ofrece una de las declaraciones más claras en Un Curso de Milagros sobre la naturaleza del

sistema de pensamiento del ego y el ídolo que hemos hecho de él.

Nuestros

adorados ídolos de especialismo no son más que fragmentos sombríos,

imágenes proyectadas del ídolo original que es la deidad del ego del pecado y la ira.

(VIII.1:1-5) ¿Qué es un ídolo? ¿Crees saberlo? Pues los ídolos no se reconocen como tales y nunca se ven como realmente son. Ése es su único poder. Su propósito es turbio, y son a la vez temidos y venerados porque no sabes para qué son, ni para qué se concibieron.

En verdad, los ídolos son distracciones de la nada, para distraernos de la

nada. Todos estudiamos ídolos – el cosmos, los cuerpos, las relaciones –

pero nunca aprendemos lo que realmente son porque no entendemos su

propósito. De hecho, su único poder radica en la capacidad que les da la

mente para desviar nuestra atención de lo que el ego realmente está haciendo. Una vez más, vemos que el propósito explica todo en nuestro

mundo, incluyendo este curso. Cuando entendemos la intención del sistema

de pensamiento del ego al que servimos, seremos capaces de cambiar el

propósito de nuestra vida de la ausencia de la mente a la plenitud de la

mente. Lo que distingue a Un Curso de Milagros de muchos otros caminos

espirituales es que pasa de largo las formas de los ídolos y va a su contenido

(o propósito). Estas formas, algún aspecto del comportamiento del cuerpo,

nunca son el problema, el cual es siempre la negación de la mente de su

capacidad para tomar decisiones. Esto nos lleva a adorar ídolos en lugar de

aceptar el Ser que es la única creación de Dios.

(VIII.1:6-9) Un ídolo es una imagen de tu hermano a la que atribuyes más valor que a él. Sea cual sea la forma de los ídolos, los inventas para

reemplazar a tu hermano. Y esto es lo que nunca se percibe o se

reconoce. Más así es, trátase de un cuerpo o de una cosa; de un lugar o de una situación; de una circunstancia o de un objeto que se posea o se desee; de un derecho que se exija o de uno que ya se tenga. Dado que el problema nunca es la forma del ídolo, nuestros juicios específicos sobre los demás y el mundo son irrelevantes. El simple hecho de que los tenemos es lo que debería ser nuestro enfoque: el deseo de ser algo distinto que la perfecta creación de Dios. Este deseo proyectado, conduce a la percepción de que los objetos de nuestro odio especial son culpables del pecado de separarnos del amor, traicionando su promesa de unidad y vida eterna.

(VIII.2:1-4) No dejes que las formas que adopten te engañen, pues los ídolos no son sino substitutos de tu realidad. De alguna manera crees que completan tu pequeño yo, ofreciéndote así seguridad en un mundo que percibes como peligroso, y en el que hay fuerzas que se han aglutinado a fin de quebrantar tu confianza y destruir tu paz. Crees que los ídolos tienen el poder de remediar tus deficiencias y de proporcionarte la valía que no tienes.

Una de las secciones más importantes sobre las relaciones especiales es "La decisión de alcanzar la compleción" (T-16.V). La decisión en favor del ego es que los ídolos especiales – personas, objetos, sustancias y similares – nos completen y suplan las carencias que constituyen nuestro profundo sentido de insuficiencia y pérdida. La decisión en favor del Espíritu Santo es que nos demos cuenta de que ya estamos completos como espíritu, como todos los demás. Reconocer la universalidad de la abundancia de la mente es nuestra verdadera seguridad y el recuerdo de la presencia del amor dentro de nosotros es la única necesidad que tenemos dentro del sueño de

separación, escasez y muerte.

(VIII.2:5-7) Todo aquel que cree en ellos se convierte en un esclavo de la pequeñez y de la pérdida. Y así, tiene que buscar más allá de su pequeño yo la fuerza necesaria para levantar la cabeza y emanciparse de todo el sufrimiento que el mundo refleja. Ésta es la sanción que pagas por no buscar en tu interior la certeza y la tranquilidad que te libera del mundo y que te permite alzarte por encima de él, en quietud y en paz.

Jesús levanta el velo de la negación para exponer la inutilidad de buscar

fuera de nosotros mismos la felicidad y el gozo, la seguridad y la paz.

Nos

enseña a ver cómo los ídolos del mundo nos esclavizan a la pequeñez del

sistema de pensamiento de culpa y miseria, percibidas como externas a

nuestras mentes, al haber escuchado el consejo del ego de nunca mirar hacia

adentro a la verdadera fuente del dolor. Ahora entendemos que la decisión

por el sistema de pensamiento de separación y culpa del ego era en sí mismo una defensa contra la certeza pacífica de la mente correcta que es

nuestra fuerza como Hijo de Dios.

(VIII.3:1-2) Un ídolo es una falsa impresión o una creencia falsa; alguna forma de anti-Cristo que constituye una brecha entre el Cristo y lo que tú ves. Un ídolo es un deseo hecho tangible al que se le ha dado forma, que se percibe entonces como real y se ve como algo externo a la mente.

Mientras que los Cristianos usan el anti-Cristo para denotar al diablo, en Un

Curso de Milagros significa al ego que se opone a nuestra Identidad como

Cristo. Proyectamos estos ídolos del anti-Cristo para que parezcan estar

fuera de nosotros. Sin embargo, hemos visto cómo nuestros cuerpos que

están equipados con órganos sensoriales que son "sentidos sin sentido" (T28.V.5:6), porque nos dicen que hay un mundo para ser percibido donde, de hecho, no existe ninguno. Jesús, por otro lado, enseña que los delirios y las alucinaciones no tienen el poder para cambiar la realidad de la unidad perfecta e indivisa que es.

(VIII.3:3-4) No obstante, sigue siendo un pensamiento y no puede abandonar la mente de la que procede. Ni tampoco su forma es algo separado de la idea que representa.

Causa y efecto, mente y cuerpo son uno – las ideas no abandonan su fuente.

El cuerpo, una proyección del pensamiento, nunca ha abandonado la mente;

"Su forma [no es] algo separado de la idea [es decir, la separación] que representa". Nuestros ídolos especiales, siguen siendo tan ilusorios como la diminuta y alocada idea que es su fuente.

(VIII.3:5-9) Toda forma de anti-Cristo se opone a Cristo. Y pende ante Su faz como un oscuro velo que parece separarte de Él, dejándote solo

y desamparado en las tinieblas. La luz, sin embargo, está ahí. Una nube

no puede apagar el sol. Ni un velo puede hacer desaparecer aquello que

parece dividir, ni atenuar en lo más mínimo la luz misma.

Este es el principio de Expiación. No importa lo que creamos, no importa

cuántas nubes de culpa (los corporales ídolos especiales) pongamos entre

nosotros y la luz, está no desaparecerá. Sin embargo, aunque la luz siempre

está ahí, no experimentaremos su resplandor a menos que primero pasemos

a través de las nubes del ego con Jesús (o el Espíritu Santo), como se nos

consuela en el libro de ejercicios: "... piensa que te estoy llevando de la

mano y que te estoy guiando [a través de las nubes]. Y te aseguro que esto

no será una vana fantasía" (L-pl.70.9:3-4).

(VIII.4:1-3) Este mundo de ídolos es un velo que cubre la faz de Cristo porque su propósito es separarte de tu hermano. Es un propósito tenebroso y temible, y, sin embargo, es un pensamiento que ni siquiera

tiene el poder de cambiar una brizna de hierba de algo vivo a un signo de muerte. Su forma no está en ninguna parte, pues su fuente está en aquella parte de tu mente de la que Dios está ausente.

El propósito de los ídolos es mantener la separación y al mismo tiempo hacer posible que evitemos la responsabilidad por ella; es decir, que nuestra

infelicidad no se debe a elecciones de mentalidad errada, sino al fracaso de

nuestros socios especiales, al no cumplir con sus tratos hacia nosotros. Sin

embargo, las ilusiones de separación y ataque no pueden inmiscuirse en la

realidad del indiviso Hijo de Dios. Como la fuente del ídolo está en la parte

de la mente donde Dios está ausente, lo cual sólo es posible en los sueños,

no tiene poder para afectar la creación viviente y eterna, cuyo recuerdo

aguarda nuestra segura aceptación.

(VIII.4:4-9) ¿Dónde se encuentra este lugar del que se ha excluido y se ha mantenido aparte lo que está en todas partes? ¿Qué mano podría alzarse y obstruir los designios de Dios? ¿De quién es la voz que podría exigir que Él no entrase? Lo que se cree "más-que-todo" no es algo que

deba hacerte temblar o que deba acobardarte. El enemigo de Cristo no está en ninguna parte. No puede adoptar ninguna forma en la que jamás pueda ser real.

Esta variación del principio de la Expiación enseña que los ídolos del ego

son nada. ¿Cómo puede la nada afectar al todo, y lo que no está en ninguna

parte reemplazar lo que está en todas partes? En sueños ha sucedido lo

imposible, pero al permitir que el perdón nos despierte gentilmente a Cristo,

las ilusiones aterradoras se desvanecen suavemente en la luz de la verdad

que alborea en nuestras mentes.

(VIII.6:1) Un ídolo se establece creyendo en él, y cuando la creencia se abandona, el ídolo “muere”.

Este tema tan repetido presagia el fin del ego. Siendo nada, el sistema de

pensamiento del ego no tiene poder en sí mismo, porque su "poder" radica

simplemente en nuestra creencia en él. Cuando retiramos esta creencia, el

ego desaparece. No importa cuán poderoso parezca ser, el ego debe su

propia existencia a la elección del tomador de decisiones de hacerlo real,

razón por la cual el ego teme al poder de la mente y se lanza a su estrategia

de dejarnos sin mentes.

(VIII.6:2-6) Esto es lo que es el anti-Cristo: la extraña idea de que hay un poder más allá de la omnipotencia, un lugar más allá del infinito y un tiempo que trasciende lo eterno. Ahí el mundo de los ídolos ha sido establecido por la idea de que ese poder, lugar y tiempo tienen forma, y

de que configuran el mundo en el que lo imposible ha ocurrido. Ahí lo inmortal viene a morir, lo que todo lo abarca a sufrir pérdidas y lo eterno a convertirse en esclavo del tiempo. Ahí lo inmutable cambia, y la paz de Dios, que Él otorgó para siempre a toda cosa viviente, da paso

al caos. Y el Hijo de Dios, tan perfecto, impecable y amoroso como su Padre, viene a odiar por un tiempo, a padecer y finalmente a morir.

Este pasaje maravillosamente evocador resume la naturaleza del mundo del

ego. A pesar de la bondad de Jesús, si nos identificamos con nuestro ser

corporal, podríamos sentir la tentación de creer que se está burlando de

nosotros. Después de todo, el pasaje anterior es maravilloso solo cuando

estamos aprendiendo a desapegarnos de este yo, dándonos cuenta de qué tonta es la vida aquí. Pero al creer que somos este yo, también debemos creer que hay un poder más allá de la omnipotencia y un lugar más allá del infinito. Como nuestras vidas individuales inevitablemente son testigos de esta aparente verdad, es útil cuando nos sentimos tentados a estar molestos, por algo trivial o de gran magnitud, que releamos este pasaje. Proporciona una perspectiva dentro de la cual podemos evaluar nuestras preocupaciones con la mentalidad-correcta, reconociendo que no son lo que parecen. No parece que las estemos inventando porque nuestros ídolos parecen muy reales y estar más allá de nuestro control. Sin embargo, su único propósito es enraizar nuestra atención en el sueño obligándonos a adorar en el altar de especialismo del ego. Esto asegura que nunca volveremos a la simple verdad de la mente de que las pesadillas del ego son ilusorias y no tienen ningún efecto en nuestra realidad como Cristo.

(VIII.8) ¿Cuál es, entonces, el propósito de los ídolos? ¿Cuál es su finalidad? Ésta es la única pregunta para la que hay muchas respuestas, dependiendo de a quién se le haya preguntado. El mundo cree en ídolos. Nadie viene a él a menos que los haya venerado y trate todavía de buscar uno que aún le pueda ofrecer un regalo que la realidad no posee. Todo idólatra abraza la esperanza de que sus deidades especiales le han de dar más de lo que otras personas poseen. Tiene que ser más. No importa realmente de qué se trate: más belleza, más inteligencia, más riqueza o incluso más aflicción o dolor. Pero para eso es un ídolo, para darte más de algo. Y cuando uno falla otro viene a ocupar su lugar, y tú esperas que te pueda conseguir más de otra cosa.

No te dejes engañar por las formas en que esa “otra cosa” se manifiesta. Un ídolo es un medio para obtener más de algo. Y eso es lo que va en contra de la Voluntad de Dios.

En este mundo, los ídolos parecen servir para muchos propósitos variados,

pero en verdad solo hay uno: que tengamos más especialismo que otros. La

forma no importa, ya que podemos obtener más kilometraje de ego siendo

más tontos que otros, o siendo más brillantes. Todo lo que es importante es

que ese algo sea más especial. “Más” significa diferente, lo que significa

separado, lo que significa que tenemos razón y Dios está equivocado. Esta

locura comenzó cuando le declaramos a Dios: “Quiero más que el todo”, y

la locura del ego persiste en nuestra sociedad actual en la que nunca tenemos lo suficiente. Debe ser así ya que las ideas no abandonan su fuente,

y somos una idea que nunca ha abandonado su fuente: el pensamiento de

querer más.

El anti-Cristo no está en contra de la Voluntad de Dios en el sentido de que

nuestro Creador se opone al ego. Dios no sabe nada al respecto, porque

¿cómo puede una Voluntad de Unidad perfecta conocer la separación y el

ataque? La verdad no-dualista no reconoce una ilusión dualista.

Cuando

comenzamos con la creencia de que queríamos algo más que todo, todos los

acontecimientos en el mundo del tiempo y el espacio no han sido más que

fragmentos escindidos de ese pensamiento original. Recuerda esta afirmación: “El brevísimo lapso de tiempo en el que se cometió el primer

error – en el que todos los demás errores están contenidos ...” (T-26.V.3:5).

En Un Curso de Milagros, Jesús nos ofrece otra forma de ver la separación y el mundo que surgió de ella como un eco de la culpa. Es solo cuando reconocemos que hay algo intrínsecamente equivocado con la idea de querer más que el todo, que vemos otro propósito para estar aquí. Su enseñanza nos permite hacer este cambio de las pesadillas del mundo de ídolos del ego a los sueños de perdón del Espíritu Santo, cambiando así el propósito de todas las relaciones. Este cambio de propósito es uno de los temas más importantes y recurrentes de nuestra sinfonía, y es el corazón de la siguiente sección.

El propósito del Espíritu Santo.

(II.7:1-3) El cuerpo no cambia. Representa el sueño más amplio de que el cambio es posible. Cambiar es alcanzar un estado distinto de aquel en el que antes te encontrabas.

El cuerpo no cambia porque no solo no es el problema, sino que es inexistente, nunca abandonó su fuente en la mente ilusoria. Es el propósito

de la mente el que tiene que cambiar: de la culpa al perdón; desde soñar

pesadillas hasta despertar a través de los sueños felices del Espíritu Santo.

Esto deshace el cambio original de la unidad a la separación. Una vez que

se corrige el error de la mente y somos restaurados a nuestro estado natural

de unidad, el cambio externo es irrelevante.

(II.7:4-8) En la inmortalidad no hay cambios, y en el Cielo se desconocen. Aquí en la tierra, no obstante, los cambios tienen un doble propósito, pues se pueden utilizar para enseñar cosas contra-dictorias.

Y esas cosas son un reflejo del maestro que las enseña. El cuerpo puede

parecer cambiar con el tiempo, debido a las enfermedades o al estado de salud, o a eventos que parecen alterarlo. Mas esto sólo significa que la mente aún no ha cambiado de parecer con respecto a cuál es el propósito del cuerpo.

Como hemos visto muchas veces, el Cielo no sabe ni puede saber sobre el cambio original, porque si Dios lo supiese, en realidad habría sucedido. Es el recuerdo del conocimiento del Cielo, el Espíritu Santo, lo que hace posible que utilicemos el cambio para el propósito de la mentalidad correcta. Entregado a nuestro Maestro, el propósito del cuerpo cambia de una prisión a un aula a medida que aprendemos las lecciones de perdón que nos liberaron de la culpa que nos había aprisionado. Estos siguientes pasajes vienen al final de "Los diferentes papeles del sueño", donde Jesús nos dice que los sueños se basan en el miedo, en el que asignamos papeles a otros y luego procedemos a enojarnos cuando no cumplen con las funciones que les dimos. Ahora escuchamos sobre su papel para nosotros en nuestros sueños: (IV.5:1-2) ¡Cuán felices serían tus sueños si no le adjudicases a cada una de las figuras que aparecen en ellos el papel que "debe" representar! Es únicamente la imagen que tienes de alguien lo que puede fracasar, y tener esa imagen es lo único que constituye una traición. Esta última línea significa que nadie puede realmente traicionarnos o fallarnos. La gente lo hace solo cuando creemos que ellos nos traicionaron, lo que significa que el problema nunca es lo que han hecho, sino solo nuestras percepciones de ellos. Detrás de esto está el problema real de nuestra necesidad de que nos fallen. Dibujamos imaginarias líneas en la arena, esperando, si no animando a otros a cruzar el límite inventado para que podamos atacarlos. Queremos que la gente sea infiel y cruel, porque esto justifica que señalemos una acusación con los dedos, esperando mágicamente evitar el castigo por nuestro pecado. Si bien esto no justifica el comportamiento egoico, nuestras reacciones con juicios a estas

decisiones de mentalidad-errada siguen siendo nuestra responsabilidad.

(IV.5:3-4) La médula de los sueños que ofrece el Espíritu Santo no es nunca una médula de temor. Lo que los envuelve puede parecer ser lo mismo, pero su significado ha cambiado porque cubre otra cosa.

Entendemos que las formas de nuestras vidas no necesariamente cambian

solo porque invitemos a Jesús a ser nuestro maestro. Sin embargo, el significado que les hemos dado definitivamente cambiará. No es que estudiamos este curso y le llevamos a Jesús nuestras preocupaciones del

ego, y luego, de repente, conseguimos el trabajo correcto, encontramos una

pareja, ganamos la lotería o nos curamos del cáncer. Lo que cambia es que,

independientemente de lo que suceda en nuestro mundo de cuerpos, estaremos en paz. Nos damos cuenta de que la paz proviene de la decisión

de la mente y de que nada externo es nuestra única esperanza real, porque el

mundo no ofrece ninguna. Cualquier esperanza que parezca ofrecernos,

puede ser arrebatada en un instante. Sin embargo, cuando elegimos un

maestro diferente, nuestros sueños cambian del conflicto a la paz, del odio

al perdón, del miedo al amor – contenido, no forma.

(IV.5:5-7) Lo que determina toda percepción es su propósito, en el sentido de que aparenta ser aquello para lo que se considera que es.

Una sombría figura que ataca se convierte en un hermano que ofrece una oportunidad para prestar ayuda, si esto se convirtiese en la función

del sueño. Y de este modo, los sueños de tristeza se transformarían en sueños de alegría.

Recuerda, las percepciones son interpretaciones, y son independientes de lo

que entra por nuestros órganos sensoriales. El significado que damos a estos

datos sensoriales está determinado únicamente por el propósito de la mente

- el del ego o el del Espíritu Santo - razón por la cual Jesús nunca nos pide que nos enfoquemos en cambiar las cosas externas, sino solo en mirar dentro de la fuente del cambio real: "No trates, por lo tanto, de cambiar el mundo, sino elige más bien cambiar de mentalidad acerca de él" (T21.in.1:7). El libre albedrío significa que podemos elegir un Maestro para que nos enseñe a percibir el mundo de manera diferente, cambiando el propósito que le hemos dado a las situaciones. En lugar de percibir las como traedoras de placer y evitadoras del dolor, que nos dan lo que queremos y escapamos de lo que no queremos, la visión considera que las relaciones nos brindan oportunidades para aprender que "Todo placer real procede de hacer la Voluntad de Dios" (T-1.VII.1:4). (IV.6:1-3) ¿Para qué es tu hermano? No lo sabes porque tu función aún no te resulta clara. No le asignes un papel que tú crees que te haría feliz a ti.

Jesús describe lo que todos hacemos. Necesitamos a estas personas especiales porque proporcionan las cosas materiales e inmateriales que nos hacen sentir bien con nosotros mismos. Sustituimos el especia-lismo con el milagro que anhelamos, el cual refleja la Fuente que nunca nos decepcionará, ni se deteriorará ni morirá. ¿Cómo, entonces, podríamos conocer a nuestros hermanos o a nosotros mismos? (IV.6:4) Y no trates de herirle cuando él no cumpla el papel que le asignaste en el sueño que tienes de lo que debería ser tu vida. Cuando otros nos fallan al no cumplir con los papeles que les asignamos en nuestros sueños, nos sentimos justificados a atacarlos. Por ejemplo, el papel que le damos a nuestros padres es que siempre estén ahí para nosotros desde el momento en que nacemos - alimentándonos y nutriéndonos, siendo amorosos y solidarios, amables y comprensivos - y esto también se

generaliza a otras figuras de autoridad. Curiosa-mente, nuestros egos no pueden esperar a que ellos fallen. Podemos gritar, por ejemplo, cuando nuestros padres no nos alimentan a tiempo o no nos cambian, pero al ego le encanta porque sus "pecados" marcan el tono para el resto de nuestras vidas. Esto cumple el propósito del ego de probar nuestra existencia inocente, justificando nuestro auto-concepto de víctima. Cuando no se satisfacen nuestras necesidades, tenemos razón al odiar a estas personas especiales por lo que nos han hecho o no nos han hecho.

(IV.6:5) Él pide ayuda en cada uno de sus sueños, y tú puedes prestársela si ves la función del sueño tal como la percibe Aquel que puede utilizar todo sueño en beneficio de la función que se le encomendó a Él. Todos estamos pidiendo la misma ayuda, suplicando: "Por favor, demuéstrame que estoy equivocado y no te unas a mí en mi sueño de muerte. Puedo amenazarte con lastimarte o matarte si no te unes a mí, pero aun así te imploro que no te subas a la pista de baile de mi ego". Necesitamos que otros nos demuestren que hay otro Maestro de Quien podemos aprender, otra forma de percibir las relaciones: el perdón y no el juicio, la bondad de los intereses compartidos en lugar de ataque y separación.

(IV.6:6-7) Puesto que ama al soñador, y no al sueño, cada sueño se convierte en una ofrenda de amor. Pues en el centro de cada sueño se halla Su Amor por ti, iluminando amorosamente cualquier manifestación del sueño.

Siempre debemos tener en cuenta que el soñador no es el cuerpo. El Espíritu Santo no nos ama a nosotros, que somos figuras proyectadas en el sueño ilusorio de la mente, porque Él sabe que todo aquí es una sombra, imagen del soñador engañado que está aterrorizado de su Identidad como Hijo de Dios. El Amor del Espíritu Santo está en la mente, y en ningún otro

lugar. Sería una locura querer ayudar a una figura de ensueño, pero eso es lo

que todos le rogamos a Él que haga: "Ayuda a este pobre cuerpo sufriente".

Y Él pregunta amorosamente a cambio: "¿Qué cuerpo? A quien amo es a ti

que eres el soñador. ¿Cómo podría amar lo que no existe?" Como hemos

visto muchas veces, la increíble popularidad de la Biblia se debe a que hace

que las figuras de los sueños sean reales, e incluso que Dios participe en la

insensata locura de la creación errónea del ego.

(VI.3:1-3) Nada sobrevive a su propósito. Si algo fue concebido para morir, morirá, a no ser que se niegue a aceptar ese propósito como propio. El cambio es lo único que se puede convertir en una bendición aquí, donde ningún propósito es fijo por muy inmutable que parezca ser.

Si la mente tiene la muerte como propósito, el cuerpo morirá. No muere por

las leyes naturales; el cuerpo no tiene leyes naturales, ya que lo que no

existe no puede ser natural. El cuerpo muere solo porque refleja el pensamiento de la muerte, y cuando cambiamos ese pensamiento a la vida,

el cuerpo ya no es necesario. Su único propósito es ser un instrumento de

aprendizaje para la mente dividida, razón por la cual es innecesario cuando

el aprendizaje está completo. Sin embargo, si la mente correcta elige quedarse para enseñar, el cuerpo puede permanecer como su instrumento.

No obstante, la mente sanada sabría que no es un cuerpo porque el yo es

visto sólo como un tomador de decisiones. Esto es lo que permite que el

poder del Hijo elija, el cual hizo el cambio original del amor al ataque, y así

corregir su error a través del perdón y la curación.

(VI.3:4-6) No creas que puedes fijar un objetivo que no concuerde con

el propósito que Dios te encomendó, y hacer que sea inmutable y eterno. Puedes adjudicarte un propósito que no te corresponde a ti, pero no puedes deshacerte del poder de cambiar de parecer y establecer otro propósito en tu mente.

El propósito de Dios para nosotros es crear y extender amor, tal como Él lo

hace. Sin embargo, en los sueños nos damos un propósito que no es verdaderamente nuestro, malinterpretando al ego y su mundo. El ego, la

parte de la mente que aprecia la separación, teme el poder de la mente para

cambiar su decisión y encontrar su propósito de perdón. La estrategia de

nuestro descenso a la ausencia de la mente ya la conocemos bien, y esta

asegura que nunca ejerzamos este poder y elijamos contra el ego.

(VI.4:1-2) Poder cambiar es el mayor regalo que Dios le dio a todo lo que tú quisieras hacer eterno, para asegurarse de que el Cielo fuese lo único que no desapareciese. No naciste para morir.

Para el ego nacimos para morir, lo que prueba la verdad de la separación;

para el Espíritu Santo nacimos para aprender las lecciones de la vida eterna

como las enseña la Expiación. Nuestras mentes, por lo tanto, tienen el poder

para cambiar su propósito de la muerte a la vida, del infierno al Cielo, del

miedo al amor.

(VI.4:3-11) Y no puedes cambiar, ya que tu función la fijó Dios. Todos los demás objetivos, excepto uno, operan en el tiempo y cambian de manera que éste se pueda perpetuar. Pues el perdón no se propone conservar el tiempo, sino abolirlo una vez que deja de ser de utilidad. Y una vez que deja de ser útil, desaparece. Y ahí donde una vez parecía reinar, se restaura ahora a plena conciencia la función que Dios le encomendó a Su Hijo. El tiempo no puede fijar un final para el cumplimiento de esta función ni para su inmutabilidad. La muerte no existe porque todo lo que vive comparte la función que su Creador le asignó. La función de la vida no puede ser morir. Tiene que ser la extensión de la vida, para que sea eternamente una para siempre y sin final.

Debemos recordar que Jesús no habla de la vida del cuerpo, sino de la vida en el espíritu. Su vida eterna es reflejada por nuestro perdón, el cambio final que deshace todos los demás cambios y nos conduce a la Inmutabilidad. De esta manera, nuestra función terrenal de perdón da paso suavemente a nuestra función Celestial de la creación, sostenida para nosotros por la Voluntad del Creador hasta el momento en que regresemos de los locos vagabundeos en el mundo agonizante de culpa y castigo del ego. (VI.5) Este mundo te atará de pies y manos y destruirá tu cuerpo únicamente si piensas que se construyó para crucificar al Hijo de Dios. Pues aunque el mundo sea un sueño de muerte, no tienes por qué dejar que eso sea para ti. Deja que esto cambie, y todas las cosas en el mundo no podrán sino cambiar también. Pues aquí todo se define en función del propósito que tú le asignas. Para comprender este mundo, primero debemos comprender su propósito, de los cuales hay dos: el deseo del ego de aprisionarnos en el sueño de muerte del cuerpo, o el de la Voluntad del Espíritu Santo de despertarnos de la pesadilla infernal del ego. Elegir Su propósito de perdón deshace el pensamiento del mundo de que estamos indefensos ante el mundo del pecado y el sufrimiento del ego, las leyes "naturales" de su sistema de pensamiento. Su lugar es ocupado gozosamente al reclamar el poder de la mente para elegir el cambio que para siempre cancela el cambio original, devolviéndonos a nuestro hogar en Dios. (VI.6) ¡Qué bello es el mundo cuyo propósito es perdonar al Hijo de Dios! ¡Cuán libre de miedo está, y cuán repleto de bendiciones y felicidad! ¡Y qué dicha es morar por un tiempo en un lugar tan feliz! Mas no debemos olvidarnos de que en un mundo así, no transcurre mucho tiempo antes de que la intemporalidad venga calladamente a ocupar el lugar del tiempo.

Esto es lo que significa ser un alumno feliz (T-14.II). Nuestras vidas estarán

llenas de una increíble felicidad porque nuestro propósito cambiado es aprender que el gozo está en la mente que ha elegido al Maestro de la alegría, independientemente de "las flechas y pedradas de la áspera fortuna"

de Hamlet (III,i). Agradecemos reconocer la naturaleza ilusoria del mundo,

incluso con sus sufrimientos, percibiendo que el propósito significativo radica en elegir el milagro del perdón que nos lleva más allá de todos los

sueños a la vida eterna.

El milagro.

(II.2) Has aceptado la causa de la curación. Por lo tanto, debes haber sanado. Y al haber sanado, debes ahora también poseer el poder de sanar. El milagro no es un incidente aislado que ocurre de repente como si se tratase de un efecto sin causa. Ni tampoco es en sí una causa.

Pero allí donde está su causa, allí tiene que estar el milagro. Ahora ha sido causado, aunque aún no se perciba. Y sus efectos se encuentran ahí, aunque aún no se vean. Mira dentro de ti ahora, y no verás motivo alguno para estar arrepentido, sino razones para sentir un gran regocijo y para abrigar esperanza de paz.

La causa del milagro es la decisión de la mente, al igual que la curación.

Como fuimos nosotros los que elegimos el ego, solo nosotros podemos revertir nuestra decisión y elegir de nuevo: milagros en lugar de asesinato,

curación en lugar de enfermedad. No hace falta decir que, en este punto de

nuestra sinfonía, todo esto – el problema de la culpa y su solución del perdón – está en la mente, ya que no hay nada afuera: las ideas no abandonan su fuente; causa y efecto son para siempre uno y son indivisibles.

(II.3) Todo esfuerzo de encontrar esperanzas de paz en un campo de batalla ha sido en vano. Ha sido fútil pedirle a lo que se concibió precisamente para que perpetuase el pecado y el dolor que te ayude a escapar de ellos. Pues el dolor y el pecado son la misma ilusión, tal como el odio y el miedo, y el ataque y la culpabilidad son uno. Allí donde no tienen causa, sus efectos desaparecen, y el amor llega

dondequiera que ellos no estén. ¿Por qué no estás contento? Te has librado del dolor y de la pérdida, así como de todos los efectos del odio y del ataque. El dolor ya no es tu amigo ni la culpabilidad tu dios. Por lo tanto, dale la bienvenida los efectos del amor.

¿Por qué retrasar nuestra elección por el milagro cuando el dolor es el resultado inevitable de la decisión de la mente por la culpa y el juicio? Centrarse en el placer y el dolor del cuerpo es la causa de todo sufrimiento,

mientras que regresar a la mente su función de causalidad (T-28.II.9:3) nos

permite elegir de nuevo y escapar de los miserables efectos del odio.

¿Por

qué, implora Jesús, esperar al Cielo cuando está aquí para pedirlo?

(Lpl.188.1:1) Elegir de nuevo sigue siendo su único mensaje.

(IV.1:1-3) ¿Crees acaso que la verdad puede ser tan sólo meras ilusiones? Las ilusiones son sueños precisamente porque no son verdad.

El hecho de que la verdad esté ausente de todas ellas por igual es la base del milagro, lo cual quiere decir que has entendido que los sueños sueños son, y que escaparte de ellos depende, no del sueño en sí, sino de

que despiertes.

Esta es una referencia al primer principio de los milagros: no hay grados de

dificultad entre ellos. Los sueños sueños son, y un sueño con cualquier otro

nombre, parafraseando a Shakespeare, sigue siendo un sueño: la felicidad y

la tristeza, la paz y el conflicto, la vida y la muerte – todos son sueños.

Es

un hecho que nunca podremos encontrar la libertad de las ilusiones dentro

del mundo de la dualidad, sino sólo al despertar de él, un proceso de curación que comienza con nuestra elección de los felices sueños de perdón

del Espíritu Santo que son el medio para nuestro regreso.

(IV.1:4-8) ¿Cómo iba a ser posible conservar algunos sueños y

despertar de otros? La elección no es entre que sueños conservar, sino sólo si quieres vivir en sueños o despertar de ellos. De ahí que el

milagro no excluya de su benéfica influencia algunos sueños. No puedes quedarte con algunos sueños y despertar de otros, pues o bien estás dormido o bien despierto. Y soñar tiene que ver única-mente con una de estas dos posibilidades. Una fuerte tentación del ego es dejar ir los malos sueños, pero mantener intactos esos sueños especiales en los que creemos que somos felices. Esto no es curativo. Existe la verdad de Dios y Su Unicidad, y nada más, porque todo en la dualidad es una ilusión, que refleja el principio de uno u otro que es la base metafísica de Un Curso de Milagros. Estamos en el Cielo o en el infierno, despiertos o dormidos. En este mundo nosotros perdonamos o atacamos, como leímos anteriormente en nuestra sinfonía: “Puedes elegir ver o juzgar, pero nunca ambas cosas” (T-20.V.4:7). La naturaleza mutuamente excluyente de las percepciones verdaderas del Espíritu Santo y las percepciones erróneas del ego forman la base del perdón y la relación santa. El perdón y la relación santa. (III.3:1-7) En el mundo de cuerpos y muerte aún puede vislumbrarse un atisbo de verdad que tal vez no es más que una pequeña chispa, un espacio de luz creado en la oscuridad donde Dios refulge todavía. Tú no puedes despertarte a ti mismo. No obstante, puedes permitir que se te despierte. Puedes pasar por alto los sueños de tu hermano. Puedes perdonarle sus ilusiones tan perfectamente, que él se convierte en el que te salva de tus sueños. Y al verlo brillar en el espacio de luz donde Dios mora dentro de la oscuridad, verás que Dios Mismo se encuentra allí donde está su cuerpo. Ante esta luz el cuerpo desaparece, de la misma manera en que las sombras densas ceden ante la luz. Jesús, por supuesto, no está hablando literalmente de ver desaparecer el cuerpo de otra persona. Lo que cambia es nuestra percepción del cuerpo,

que ya no se ve como un depósito de la culpa que había envuelto el cuerpo en las sombras. En cambio, el cuerpo se ve como un recipiente lleno de la luz de la inocencia. Este cambio ocurre cuando retiramos nuestras proyecciones, y ya no vemos los intereses de los demás como separados de los nuestros (uno u otro), porque reconocemos que compartimos una necesidad común de recordar la luz y despertar del sueño de oscuridad (juntos, o no en absoluto).

No podemos hacer esto sin ayuda. Como somos nosotros los que nos fuimos a dormir, necesitamos un maestro para instruirnos que la manera de despertar es pasando por alto, mirando más allá de la culpa que colocamos en otros hacia nuestra inocencia compartida. En la relación especial expresamos nuestros "pecados secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2), el sueño de la mente que no queremos ver, razón por la cual se mantiene en secreto. Jesús nos ayuda a comprender que la oscuridad que condenamos en otro es una imagen externa de la condición de oscuridad de la mente que tratamos de ocultar, y luego evitamos a través de la proyección. (III.3:8-11) La oscuridad no puede decidir que el cuerpo siga presente. La llegada de la luz supone su desaparición. Verás entonces a tu hermano en la gloria, y entenderás qué es lo que realmente llena la brecha que por tanto tiempo pensaste que os mantenía separados. Ahí, en lugar de ella, el testigo de Dios ha trazado el dulce camino de la bondad para que el Hijo de Dios lo recorra. Debido a que la oscuridad de la culpa del ego no tiene poder para hacer nada, ese no es el problema. Necesitamos centrar la atención en el tomador de decisiones de la mente: el problema y la respuesta. Cuando elegimos

escuchar la voz de la locura, le damos poder a la oscuridad,
desterrando la
luz de nuestra conciencia. Pero cuando nosotros perdonamos, se
quitan los
oscuros velos del ataque que habían envuelto a nuestros hermanos en
el
odio y bloqueado la verdadera percepción del Hijo de Dios. La luz del
rostro de Cristo se revela, y la bondad reemplaza a la crueldad tal
como la
visión restaura la visión que el juicio había reclamado como propia.
(III.3:12-13) A todo aquel que perdona se le concede el poder de
perdonarte a ti tus ilusiones. Mediante tu regalo de libertad te liberas
tú.
Esta no es la primera vez que vemos esta idea. Aparece al menos
dieciocho
veces en el Curso, y es una referencia al evangelio donde Jesús da a
sus
apóstoles el poder de perdonar pecados (Mateo 16:19b; Juan 20:23).
Aquí,
nos dice que todos tenemos este poder del perdón. Pareciendo ser lo
contrario, este no es la magia del perdón-para-destruir (S-2.II) donde
hacemos real el pecado y luego lo pasamos por alto, o expiamos el
pecado
con una vida de sufrimiento. Perdonamos a los demás sus ilusiones al
no
unirnos a ellos en la pista de baile donde se comparten sueños de
ataque,
enfermedad y muerte. Si las ilusiones de juicio y odio no son
compartidas,
no pueden existir; si no estamos de acuerdo con los sueños de
oscuridad del
ego, porque al menos uno de nosotros tiene la luz, el sueño no se
comparte
y sigue siendo una ilusión ociosa de la mente errada. Es solo cuando
estamos de acuerdo en que el pecado y la culpa son reales, que se
vuelven
sustanciosos y exigen acción. Necesitamos recordar que la separación
es
irreal (el principio de Expiación) porque Dios no reconoció su
existencia.

Al no vernos separados unos de otros, nos damos cuenta de que la misma luz que hemos identificado en nuestro interior brilla igual de brillante en otros, a pesar del aparente poder de la oscuridad. Esta realización constituye el verdadero poder del perdón, en el que la Filiación es sanada y liberada como una.

(III.4:1-2) Hazte a un lado y deja pasar el amor, el cual tú no creaste, pero si puedes extender. En la tierra eso quiere decir perdonar a tu hermano, para que las tinieblas desaparezcan de tu mente.

Nosotros no extendemos amor; se extiende a través de nosotros:

"Hazte a

un lado y deja pasar el amor ..." Nuestra tarea es solo eliminar los bloqueos

de culpa del ego pidiéndole ayuda a Jesús para perdonar. Cuando desaparecen, el amor fluye libremente porque no necesitamos decirle qué

hacer. No le interesa lo que sucede en el mundo de los sueños, sino solo

liberar a la mente los sueños de especialismo y muerte. Cuando llevamos

estos oscuros pensamientos a su luz se disuelven suavemente, liberando el

amor que hasta ahora habíamos aprisionado. En ese punto, automáticamente

sabremos qué tipo de cosas amables y amorosas debemos decir o hacer,

independientemente de la situación. Este es el contenido detrás de la forma

de nuestro "oír" las cosas específicas que Jesús nos dice, al "oír" una Voz

interior. Para repetir, no nos dice literalmente cómo comportarnos; su amor

abstracto en la mente correcta es lo que nos guía. La Voz en sí es una ilusión, como se nos dice en la clarificación de términos (C-6.1:5), siendo

una forma específica del amor abstracto al que hemos dado paso cuando

miramos nuestros sueños de juicio a través de la visión sanadora de Jesús.

(III.4:3-4) Una vez que la luz haya llegado hasta tu hermano a través de

tu perdón, él no se olvidará de su salvador ni lo dejará sin absolver.

Pues fue en tu rostro donde vio la luz que quiere mantener a su lado, a medida que camina a través de las tinieblas hacia la Luz eterna.

Es así como se comparte la luz. No significa que hayamos salvado a otros

porque ellos nos han salvado a nosotros. La salvación es inmediata y todoinclusiva: Cuando me curo, no soy el único que se cura (L-pl.137).

Todos

nosotros, entonces, nos convertimos en brillantes recordatorios del sistema

de pensamiento de mentalidad-correcta que está presente en todos nosotros.

Nuestro regalo mutuo es defender la Alternativa (M-5.III.2:6), la Luz que

anula las tinieblas cuando perdonamos y vemos la inocencia en lugar del

pecado.

(III.5:1) ¡Cuán santo debes ser tú para que el Hijo de Dios pueda ser tu salvador en medio de sueños de desolación y desastres!

Esta misma idea abrió la sección “Pues Ellos han llegado” en el Capítulo

26: “¡Cuán santo debes ser tú, que desde ti la Voz de Dios llama amorosamente ...!” (T-26.IX.1:1). Somos santos porque nosotros compartimos la santidad de Cristo con nuestros salvadores de las tinieblas,

desmintiendo el aparente amor y odio especial del ego.

(III.5:2) Observa cuán deseoso llega, apartando las densas sombras que

lo mantenían oculto, para poder brillar sobre ti lleno de gratitud y amor.

Eliminamos las sombras de la mente de nuestro hermano al no elegir hacer

que su culpa sea real, ni dar a su ego poder para afectarnos. En este regalo

de luz para él, recordamos su presencia en nosotros mismos, por lo cual él

se convierte en el testigo resplandeciente que fortalece el amor que hemos

reforzado en nuestras mentes, el cual había sido oscurecido por pensamientos de pecado y culpa.

(III.5:3-7) Él es él mismo, pero no él mismo solo. Y de la misma manera en que su Padre no perdió parte de él al crearte a ti, así la luz en él es aún más brillante por tú haberle dado tu luz para salvarlo de las tinieblas. Y ahora la luz en ti tiene que ser tan brillante como la que refulge en él. Ésta es la chispa que brilla en el sueño: que tú puedes ayudarlo a despertar, y estar seguro de que sus ojos despiertos se posarán en ti. Y con su feliz salvación, te salvas tú.

El Hijo de Dios es uno, no muchos. La luz que brilla en un fragmento aparentemente separado brilla en todos. Cuando lo retenemos incluso de un

aspecto de la Filiación, el conjunto se sumerge en la oscuridad, al menos en

la conciencia de nuestra mente: un Cristo, un ego; un perdón, una culpa. Ya

que nos quedamos dormidos como un solo Hijo, despertaremos como un

solo Hijo. Como la separación es el efecto de una sola elección equivocada

por el pecado, la salvación aguarda nuestra única corrección del milagro.

(VI.1:1-3) ¿Cuán dispuesto estás a perdonar a tu hermano? ¿Hasta qué punto deseas la paz en lugar de los conflictos interminables, el sufrimiento y el dolor? Estas preguntas son en realidad la misma pregunta, aunque formuladas de manera diferente.

No podemos perdonar a los demás si al mismo tiempo nos atrae una vida de

lucha, miseria y dolor. Las preguntas de Jesús son las mismas porque nuestra disposición a perdonar a otra persona es nuestra disposición a liberar la fuente del sufrimiento en nosotros mismos. Las quejas formales

contra otro son proyecciones de la culpa de la mente que es la causa de todo

conflicto y dolor. Por eso es tan difícil perdonar y dejar ir los juicios; si no

experimentamos dolor, ¿a quién podemos culpar por hacernos quiénes

somos? Mientras tanto, como estamos unidos a la idea de individualidad y especialismo, necesitamos hacer que alguien sea responsable. La forma de acusar, por excelencia, es sufrir, haciendo creer a los demás que son la causa de nuestra angustia, mereciendo el castigo por nuestra decisión pecaminosa de separarnos del amor.

(VI.1:4-5) En el perdón reside tu paz, pues en él radica el fin de la separación y del sueño de peligro y destrucción, de pecado y de muerte, de locura y de asesinato, así como de aflicción y pérdida. Éste es el "sacrificio" que pide la salvación, y, a cambio de todo ello, gustosamente ofrece paz.

El problema es que no queremos perder nuestro yo especial, el cual está unido a la muerte y la destrucción, a la locura y el asesinato, a la culpa y la aflicción. Esto nos hace quienes somos, y todos elegimos sufrir, para así poder señalar con el dedo acusador a algún malhechor, cuyos pensamientos y acciones pecaminosas son juzgados como causa de nuestra enfermedad.

Somos reacios a sacrificar nuestra dolorosa experiencia porque significaría sacrificar nuestra identidad separada. En esta locura perversa, con gusto evitamos la paz de la salvación por las "alegrías" del sacrificio, el especialismo y el yo.

(VI.2:1-2) ¡No jures morir, santo Hijo de Dios! Pues eso es hacer un trato que no puedes cumplir.

Esta interesante primera línea se puede leer de dos formas; una cambiando el significado de la otra. Esto quiere decir que no jures morir, sino más bien, jura ser eterno. Su lectura adecuada es jura no morir. Esto se remite a la discusión en el capítulo anterior de nuestras promesas mutuas de que siempre podemos morir; un juramento mutuo para hacer real el sistema de

pensamiento del ego, comprometiéndonos a mantenerlo incluso hasta nuestra muerte. De hecho, lo mantenemos con nuestra muerte. Por eso,

cuando Jesús nos exhorta "jura no morir", nos está pidiendo que no conservemos esta extraña alianza con el ego. Además de que nunca nos

hará felices, es un trato que realmente no podemos cumplir, como él nos

dice:

(VI.2:3-6) Al Hijo de la Vida no se le puede destruir. Es inmortal como su Padre. Lo que él es no puede ser alterado. Él es el único en todo el universo que necesariamente es uno solo.

La vida aquí es un sueño, su aparente realidad es desautorizada por el principio de Expiación, el cual dice no sucedió nada que cambiase la unidad

de Dios y Su Hijo. No matamos a Dios para vivir, ni Él nos matará como castigo por nuestro pecado contra Él. La eternidad, por definición sigue siendo para siempre un estado de perfecta creación. Recuerda: "Es un motivo de risa pensar que el tiempo [o el ego] pudiese llegar a circunscribir

a la eternidad, cuando lo que ésta significa es que el tiempo no existe" (T27.VIII.6:5).

El siguiente pasaje se hace eco del capítulo inicial de Eclesiastés, el libro

más oscuro de la Biblia. Es extraño que incluso haya encontrado su camino

hacia el canon. Su expresión poética, si no pesimista, de la vida en el mundo es casi exactamente lo contrario de todo lo demás en los escritos

bíblicos. Aquí, sin embargo, el contexto es el opuesto:

(VI.2:7-10) A todo lo que parece eterno le llegará su fin. Las estrellas desaparecerán, y la noche y el día dejarán de ser. Todas las cosas que van y vienen, la marea, las estaciones del año y las vidas de los hombres; todas las cosas que cambian con el tiempo y que florecen y se

marchitan, se irán para no volver jamás. Lo eterno no se encuentra allí donde el tiempo ha fijado un final para todo.

Jesús está describiendo cómo este universo físico no es eterno, porque todo

aquí finalmente cesará de existir. Este es uno de los pasajes más claros de

Un Curso de Milagros donde se enseña sobre la naturaleza ilusoria del mundo material. Lo único que perdura aquí es el Hijo de Dios porque no

está aquí. Su eternidad no se encuentra en el cuerpo o en la identidad individual, sino en su Ser: el único Hijo de Dios, "Soy un solo Ser, unido a

mi Creador" (L-pl.95).

(VI.2:11-14) El Hijo de Dios jamás puede cambiar por razón de lo que los hombres han hecho de él. Será como siempre ha sido y como es, pues el tiempo no fijó su destino, ni marcó la hora de su nacimiento ni la de su muerte. El perdón no lo cambiará. No obstante, el tiempo sólo está a la espera del perdón para que las cosas del tiempo puedan desaparecer, ya que no son de ninguna utilidad.

Nuestra verdadera realidad como espíritu no se ve afectada por lo que le

sucede al cuerpo, aunque el ego hizo que naciera, se deteriore y muera. Esto

prueba que no somos inmutables y eternos, lo que significa que nuestro

Creador mintió y así, no puede ser Dios. El tiempo, aunque hecho por el

ego para establecer su sueño de separación, puede ser utilizado por el Espíritu Santo como un vehículo para que aprendamos – desde fuera del

tiempo – que este no es real. Esto es lo mismo que decir que mientras el ego

fabricó el mundo con el insidioso propósito de que Dios no pudiese entrar

(L-III.3.2:4), para protegernos de la culpa que a su vez protege de que la

mente lo elija a Él, puede servir para otro propósito: como un aula de perdón en la que aprendemos que el mundo no existe, porque nada existe

fuera de nosotros. Este es el tema de la siguiente sección que se examinará,

"No busques fuera de ti mismo":

(VII.6:2-6) Es inútil rendirle culto a los ídolos y esperar hallar paz.

Dios mora en tu interior, y tu plenitud reside en Él. Ningún ídolo puede

ocupar Su lugar. No recurras a ídolos. No busques fuera de ti mismo. Sin darnos cuenta, adoramos a los ídolos con la esperanza de alcanzar la paz a través del especialismo. Sin embargo, Jesús nos recuerda que la paz viene solo al reconocer que nuestra “plenitud reside en Él”, nuestro Dios. Que habita en la mente como un recuerdo para ser recordado cuando decidamos que Su Amor es todo lo que queremos. No puede provenir del cuerpo ni de su mundo. Intrínseco a este proceso es darnos cuenta de por qué no queremos mirar dentro, y continuamente buscamos fuera de nosotros mismos ese algo especial que nos complete. Al estudiar este curso, es importante que reconozcamos nuestra resistencia. De hecho, sabemos que somos resistentes porque todavía nos identificamos con el cuerpo. Hemos discutido antes cómo, cuando leemos Un Curso de Milagros y escuchamos sus palabras, en realidad pensamos que nuestros cerebros están pensando acerca de lo que ven nuestros ojos y oyen nuestros oídos. Esto ilustra hasta qué punto mantenemos nuestra identificación con lo externo. Además, creemos que el Curso está fuera de nosotros porque tenemos un libro que nuestro cuerpo nos dice que está ahí para sostenerlo y leerlo. Sin embargo, lo que hace que este curso sea realmente útil es aprender que está en nuestras mentes. El Amor de Dios, el cual Jesús simboliza, también está en la mente, y Un Curso de Milagros es una expresión de esta Presencia. Pero debido a que pensamos que estamos aquí, llevamos su amor al cuerpo, lo que nos lleva a la creencia de que allí hay un libro externo que nos

ayudará. Esto, nuevamente, demuestra nuestra identificación corporal y por qué estamos obligados a buscar fuera de nosotros mismos a los ídolos del especialismo que creemos que nos completarán, trayéndonos felicidad y paz. A pesar de esta locura, permanecemos dentro de la mente, soñando con la culpabilidad de los cuerpos de los demás y los nuestros. Esto establece la necesidad de abordar un apartado como este, como un ideal en el que ascendemos, aunque todavía estemos al pie de la escalera (T-28.III.1:2). Lo que nos ayuda a ascender es nuestro familiar amigo el propósito: (VII.7) Olvidémonos del propósito que el pasado le ha conferido al mundo. Pues, de otra manera, el futuro será como el pasado: una serie de sueños deprimentes, en los que todos los ídolos te irán fallando uno tras otro, y donde verás muerte y desengaño por doquier. El idealismo de la juventud a menudo se derrumba con el entendimiento de que aquí nada funciona. Mientras que uno no puede efectuar un cambio mundial significativo, sí podemos efectuar un cambio interno. Con este reconocimiento, el amor en la mente afecta a la Filiación como un todo, la mente correcta no se invierte en el cambio externo. El propósito del mundo cambia de un lugar de ídolos donde buscamos la felicidad, la paz y la libertad del dolor, a un salón de clases donde aprendamos que el mundo no nos ofrece nada. Es únicamente la mente perdonadora la que es la fuente de la verdadera felicidad y liberación del sufrimiento. (VII.8) Para cambiar todo esto, y abrir un camino de esperanza y liberación en lo que aparenta ser un círculo interminable de desesperación, necesitas aceptar que no sabes cuál es el propósito del mundo. Le adjudicas objetivos que no tiene, y de esta forma, decides cuál es su propósito. Procuras ver en él un lugar de ídolos que se encuentran fuera de ti, capaces de completar lo que está adentro

dividiendo lo que eres entre lo que está afuera y lo que está adentro.

Tú

eliges los sueños que tienes, pues son la representación de tus deseos, aunque se perciben como si viniesen de afuera. Tus ídolos hacen lo que tú quieres, y tienen el poder que les adjudicas. Y los persigues fútilmente en el sueño porque deseas adueñarte de su poder.

Tratamos de encontrar la salvación afuera dividiendo lo que está adentro.

Negamos el poder de la mente para elegir la debilidad del ego en lugar de la

fortaleza de Cristo – lo opuesto a lo que Jesús nos pide más adelante (T31.VIII.2) – por lo tanto, nos vemos a nosotros mismos como débiles

y

vulnerables. A continuación, intentamos extraer fuerza de todos y de todo

lo que nos rodea, ya sea a través de la comida, el sexo, las sustancias o el

dinero, o mediante el control y dominación. Buscamos arrebatarse el poder a

los cuerpos del mundo para ocultar la debilidad inherente de la mente errada, y ocultar la fortaleza de la mente para elegir lo contrario en una

decisión que expondría la nada inherente del ego y sus ídolos.

(VII.9:1-5) No obstante, ¿dónde tienen lugar los sueños, sino en una mente dormida? ¿Y podría acaso un sueño hacer que la imagen que proyecta fuera de sí mismo fuese real? Ahorra tiempo, hermano mío, aprendiendo para qué es el tiempo. Y haz que el final de los ídolos venga cuanto antes a un mundo entristecido y enfermo como consecuencia de los ídolos que se ven en él. Tu santa mente es el altar de

Dios, y donde Él está no puede haber ídolos.

Todo lo que vemos es una proyección, un sueño loco que nunca ha abandonado la mente que lo pensó. Como es casi inconcebible que hayamos

fabricado el mundo, necesitamos ser conscientes de cuán reales parecen ser

nuestros sueños nocturnos. Esto proporciona una entrada a nuestra experiencia de vivir en un universo temporal/espacial mientras aún dormimos. Cuando pedimos ayuda al verdadero Maestro de la mente,

aprendemos sobre otro propósito para el mundo de los ídolos; que sea un lugar de aprendizaje en el que se utilice el tiempo para intercambiar el propósito de especialismo por el del perdón, la culpa que deja paso a la inocencia.

(VII.10:4-7) Un ídolo no puede ocupar el lugar de Dios. Deja que Él te recuerde Su Amor por ti, y no trates de ahogar Su Voz con los cantos de profunda desesperación que les ofreces a los ídolos de ti mismo. No busques esperanzas más allá de tu Padre. Pues la esperanza de felicidad no es la desesperación.

La esperanza de felicidad terminará inevitablemente en la desesperación si

la buscamos fuera de nosotros mismos. La esperanza genuina se encuentra

sólo dentro de la mente: el lugar de la pregunta y de su respuesta; la fuente

del dolor y de su deshacimiento. Jesús nos ha enseñado a ver el propósito

implícito del ego en nuestra búsqueda de "ahogar Su Voz con los cantos de

profunda desesperación que les ofreces a los ídolos de [nosotros mismos]".

Este vasto universo es de hecho un chillido estridente, un himno al ego cuyo objetivo es silenciar la Voz suave y apacible del Espíritu Santo y enterrar Su principio de Expiación, haciéndolo inaccesible para siempre al

Hijo de Dios.

(VIII.5:1-3) ¿Qué es un ídolo? ¡Un ídolo es nada! Se necesita creer en él para que parezca cobrar vida, y se le tiene que dotar de poder para que

pueda ser temido.

El ídolo, como hemos aprendido, tiene poder debido a la creencia de la mente en él, no a causa de algo intrínseco al objeto especial: "Se necesita

creer en él para que parezca cobrar vida". Nota la palabra parezca. En verdad, el cuerpo no tiene vida y mucho menos poder, el cual proviene únicamente de nuestro tomador de decisiones que lo ha elegido; ese poder

es la fuente de nuestra elección del mundo en favor del sistema de

pensamiento de separación del ego, o del Cielo en favor de la Expiación del Espíritu Santo. Cuando renunciamos a ese poder fabricando un ser sin mente, nos volvimos débiles, habiéndonos puesto a merced de fuerzas más

allá de nuestro control. Para reafirmar este importante punto, como compensación por esta debilidad, buscamos la fortaleza en personas, sustancias, cosas o conceptos. Todos estos ídolos fallarán inevitablemente

porque la verdadera fuerza permanece solo en la mente correcta de la que elegimos irnos y a la que podemos regresar cuando decidamos en favor del

Espíritu Santo y Su milagro:

(VIII.5:4-6) Su vida y su poder son el regalo que le da el que cree en él, y esto es lo que el milagro restituye a lo que sí tiene vida y poder dignos

del don del Cielo y de la paz eterna. El milagro no restaura la verdad, que es la luz que el velo no pudo apagar. Simplemente descorre el velo,

y deja que la verdad brille libremente, al ser lo que es.

Vimos esta descripción del milagro en las primeras frases del Capítulo 28:

“El milagro no hace nada. Lo único que hace es deshacer” (T-28.I.1:1-2). El

milagro no restaura la verdad, simplemente levanta el velo del olvido que

mantiene oculta la conciencia de la mente, separando el cuerpo de la mente

y manteniendo el efecto aparte de la causa. El milagro (el arco en el lado

derecho del gráfico) nos devuelve a la parte tomadora de decisiones de la

mente, penetrando el velo y permitiéndonos exponer la dinámica de la proyección, entendiendo que el mundo es la mera representación del sueño

secreto de la mente. Siguiendo con el principio de suma importancia, las

ideas no abandonan su fuente, reconocemos que el mundo nunca abandonó

la mente, lo que significa que no hay un mundo externo, excepto nuestra creencia en él. Idea y fuente, efecto y causa, mundo y mente son uno. Finalmente:

(VIII.5:7) La verdad no necesita que se crea en ella para ser lo que es, pues ha sido creada, y, por lo tanto, es.

En otras palabras, la verdad es. No necesita una creencia para ser ella misma. La ilusión, por otro lado, necesita la creencia de la mente para existir. El retirar nuestra creencia en la ilusión permite automáticamente que

el recuerdo de la verdad surja en nuestras mentes para sanarnos.

Volvemos ahora al final de "El sueño de perdón", la sección final del Capítulo 29.

(IX.6:1-3) Llega un momento en que la infancia debería dejarse atrás para siempre. No sigas aferrándote a los juguetes de la infancia.

Deséchalos, pues ya no tienes necesidad de ellos.

Jesús se refiere a los juguetes del juicio, junto con un guiño al famoso pasaje de San Pablo en (1 Corintios 13:11). A esto ciertamente podríamos

agregar los juguetes del pecado, la culpa y el miedo, todos aspectos de la

creencia de que el especialismo y el sacrificio nos salvarán. Nuestro hermano mayor nos dice que ya hemos comenzado nuestro camino subiendo la escalera y ya no nos identificamos totalmente con los niños. Su

aliento apoya nuestra disposición para comenzar el proceso de soltar los

juguetes infantiles del ego, porque no han cumplido sus promesas.

(IX.6:4-7) El sueño de juicios no es más que un juego de niños, en el que

el niño se convierte en un padre poderoso, pero con la limitada sabiduría de un niño. Lo que le hiere es destruido; lo que le ayuda, bendecido. Excepto que juzga con el criterio de un niño que no sabe distinguir entre lo que le hace daño y lo que le sanaría. Cosas adversas parecen acontecerle, y tiene miedo del caos que ve en un mundo que cree gobernado por las leyes que él mismo promulgó.

Obviamente, Jesús no se impresiona con los niños. Hay una idea ilusoria,

generalmente asociada con Rousseau, que estos pequeños son las luces

inocentes del mundo, si no faros de sabiduría, a quienes el mundo les hace cosas horribles. Este no es el entendimiento del Curso en absoluto. Al contrario, los niños son vistos como símbolos con bocas exigentes que solo quieren canibalizar sus objetos especiales. Jesús está pidiéndonos que salgamos de esto. Él no nos está reprendiendo ni retando, sino simplemente diciendo: "Te estoy ayudando a aprender que lo que estás haciendo con tu vida no tiene sentido. Es un juego de juicio que los niños juegan, y uno que no va a ninguna parte y está muy, muy por debajo de Quien realmente eres".

Los niños no comprenden el mundo de los adultos, por eso Jesús nos compara con ellos. Nosotros no comprendemos su mundo de perdón, y creemos que el nuestro de ataque y pérdida es una realidad. Quitá un juguete de un niño y llorará, porque en su falta de sabiduría cree que ha

sucedido algo terrible. Nosotros no somos diferentes como adultos. La gente nos quita nuestros juguetes especiales o interfiere con nuestra búsqueda de ellos, y gritamos y gritamos, a veces amenazando con tomar

represalias. Amamos cuando obtenemos lo que queremos, y odiamos cuando no lo obtenemos. Los que somos especiales, entonces, no somos

diferentes de los niños pequeños que juegan juegos de fantasía y piensan que son reales.

(IX.6:8-9) El mundo real, no obstante, no se ve afectado por el mundo que él cree real, ni sus leyes han cambiado porque él no las entienda. Dado que todo ya ha sucedido – los sueños de pesadilla del ego y los sueños

felices del Espíritu Santo de corrección – hay un lugar dentro donde hemos

aceptado la Expiación para nosotros, nuestras mentes están sanadas y la

separación ya ha terminado. Recuerda: "Hace mucho que este mundo desapareció. Los pensamientos que lo originaron ya no se encuentran en la

mente que los concibió y los amó por un breve lapso de tiempo" (T-28.I.1:6-7). El mundo real representa nuestra decisión de perdonar totalmente y saber que la verdad está fuera del sueño. Este lugar de paz no ha desaparecido porque soñamos con ídolos, en los que simplemente jugamos-actuamos que algo está pasando. De hecho, no sucede nada porque el pensamiento de separación de la mente es inexistente. Es sólo la creencia en él lo que parece dar realidad a nuestros ídolos, que a su vez parece dar realidad a su mundo, sin mencionar que lo que aquí sucede es de vital importancia. El mundo es importante, pero solo para los niños; no tiene ningún valor para la mente sana, más que su potencial para ayudarnos despertar del sueño a nuestro Ser.

(IX.7) El mundo real es también un sueño. Excepto que en él los personajes han cambiado y no se ven como ídolos traicioneros. El mundo real es un sueño en el que no se usa a nadie para que sea el sustituto de otra cosa, ni tampoco se le interpone entre los pensamientos que la mente concibe y lo que ve. No se usa a nadie para lo que no es, pues las cosas infantiles hace mucho que se dejaron atrás.

Y lo que una vez fue un sueño de juicios se ha convertido ahora en un sueño donde todo es dicha porque ése es su propósito. Ahí sólo pueden tener lugar sueños de perdón, pues el tiempo está a punto de finalizar. Y las figuras que entran a formar parte del sueño se perciben ahora como hermanos, a los que ya no se juzga sino que se les ama.

Cuando hemos alcanzado el mundo real, nos quedamos fuera del sueño sabiendo que sus figuras son proyecciones de un pensamiento ilusorio e

imposible. Las acciones de los sueños no tienen ningún efecto sobre nuestra

paz, ni pueden cambiar el reconocimiento de la igualdad universal cuando

nos enfrentamos con las percepciones diferenciadas del ego, el cual nos

haría pensar que son la realidad. El juicio ha dado paso a la visión, y todos

dentro del sueño se ven amorosamente con la necesidad común de escapar del infierno y regresar a casa. Las excepciones no son posibles, porque el mundo real refleja directamente la perfecta Unidad del Cielo. Es la etapa final del perdón antes de que Dios complete el viaje al lugar que nunca hemos abandonado.

(IX.8:1-3) No es necesario que los sueños de perdón sean de larga duración. No se concibieron para separar a la mente de sus pensamientos, ni intentan probar que el sueño lo está soñando otro. Los sueños del ego están diseñados para dejarnos sin mentes:

tenemos una mente que negamos, volviéndonos conscientes solo de un cuerpo y un cerebro. En los sueños del mundo, creemos que las personas nos hacen

cosas, por eso el secreto de la salvación es que nos estamos haciendo todo

esto a nosotros mismos (T-27.VIII.10:1). En verdad somos los soñadores

del sueño, no las figuras de los sueños, y el milagro nos ayuda a comprender nuestra necesidad de perdonar a los demás y a nosotros mismos, el núcleo de los sueños felices del Espíritu Santo.

(IX.8:4-7) En ellos se puede oír una melodía que todos recuerdan, si bien no la han oído desde antes de los orígenes del tiempo. El perdón, una vez que es total, hace que la intemporalidad esté tan cerca que entonces se puede oír el himno del Cielo, no con los oídos, sino con la santidad que nunca se ausentó del altar que se encuentra eternamente

en lo más profundo del Hijo de Dios. Y cuando éste vuelve a oír este himno, se da cuenta de que nunca había dejado de escucharlo. ¿Y dónde va a parar el tiempo una vez que se han abandonado los sueños de juicios?

Jesús se refiere a “La canción olvidada” (T-21.I). No es algo que escuchemos con nuestros oídos, pues sus dulces sonidos son internos. Cuando los sueños de perdón acaben con los sueños de juicio, solo escucharemos la melodía de amor del Cielo; la canción olvidada que expresa poéticamente la santidad que se ha quedado con nosotros, incluso

en medio del terror de ser realmente nuestro Ser.

(IX.9) Siempre que tienes miedo, de la clase que sea – y tienes miedo si

no estás experimentando una profunda felicidad, certeza de que dispones de ayuda o una serena confianza de que el Cielo te acompaña

– ten por seguro que has forjado un ídolo que crees que te va a traicionar. Pues bajo tus esperanzas de que el ídolo te salve yace la culpabilidad y el dolor de la auto-traición y de la incertidumbre, tan profundos y amargos, que el sueño no puede ocultar completamente tu

sensación de fracaso. El resultado de tu auto-traición tiene que ser el miedo, pues el miedo es un juicio, y conduce inevitablemente a la frenética búsqueda de ídolos y de muerte.

Aquí hay una regla de oro para guiarnos a lo largo de nuestro día. Jesús nos

pide que estemos atentos a cualquier signo de enfermedad, cualquier indicio

de que estamos siquiera un poco inquietos. Debido a que las formas son

irrelevantes – todo tipo de malestar proviene del contenido único de miedo

de la mente – Jesús nos dice dos veces que una leve punzada de molestia no

es otra cosa que un velo que cubre una intensa furia (L-pl.21.2:5; M-17.4:3-

5). Como hay un contenido con muchas formas, todas las perturbaciones a

nuestra paz son efectos de la causa que es la decisión de la mente por la

culpa. Esta experiencia proyectada de auto-traición da como resultado la

percepción de que el sueño del mundo es la causa de nuestro malestar. Sin

embargo, estas débiles defensas apenas pueden contener nuestro miedo fatal

al castigo que nos impulsa continuamente en una “frenética búsqueda de

ídolos” para protegernos. Sin embargo, cada ídolo fallará dado que los cuerpos finalmente mueren, la prueba definitiva de que la insaciable necesidad de venganza de Dios se ha cumplido.

(IX.10:1-2) Los sueños de perdón te recuerdan que estás a salvo y que no te has atacado a ti mismo. De esta manera, tus terrores infantiles desaparecen y los sueños se convierten en la señal de que has comenzado de nuevo, y no de que has tratado una vez más de venerar ídolos y de perpetuar el ataque.

El nuevo comienzo, esperando con ansias "El nuevo comienzo" en el Capítulo 30, ocurre cuando reconocemos que la dirección en la que nos

dirigíamos estaba equivocada; ahora deseamos subir la escalera, no permanecer en sus peldaños inferiores. Comenzamos de nuevo cuando podemos decir y significar: "Debe haber un camino mejor". Esto incluye

dejar ir el juicio, lo que nos permite mirar a los ídolos del mundo y reconocer que ya no nos atraen. En tal reconocimiento reside nuestra verdadera seguridad, porque el perdón anula al temor y el Hijo de Dios recuerda su hogar en el amor que está más allá de todos los sueños.

(IX.10:3) Los sueños de perdón son benévolos con todo aquel que forma parte de ellos.

No con algunos, sino con todos. Dado que el amor lo incluye todo, el perdón genuino abarca a todas las personas, todo el tiempo, sin excepciones.

(IX.10:4-6) Y así, liberan completamente al soñador de los sueños de miedo. Él deja entonces de tener miedo de sus propios juicios, pues no ha juzgado a nadie ni ha intentado liberarse, mediante juicios, de lo que sus propios juicios imponen. Y recuerda ahora continuamente lo que había olvidado cuando los juicios parecían ser la manera de salvarle de la sanción que ellos mismos imponen.

La pena máxima del juicio es la muerte, un hecho que el mundo intenta

ocultar. Obviamente, juzgar a los demás fracasó como estrategia, porque

venimos aquí como cuerpos para escapar del destino de una muerte segura

en la mente, y terminamos en una tumba, independientemente de quién

tenga la culpa. Al perdonar los sueños, por otro lado, no tememos el juicio

de los demás, porque nosotros mismos no hemos juzgado a nadie.

Cuando

tenemos miedo de lo que una persona podría decirnos o hacernos, o si nos

preocu-pa cómo piensan los demás, es solo porque hemos proyectado nuestro juicio lleno de pecado. Sintiéndonos miserables por dentro, necesitamos la aprobación de la gente para sentir alivio. La locura de ese

especialismo desaparece, sin embargo, cuando reconocemos que el sueño

comenzó con nosotros y terminará allí cuando cambiemos nuestras mentes.

El Amor de Dios, que nosotros olvidamos cuando elegimos recordar el ego,

alborea suavemente en la conciencia cuando el largo y doloroso el viaje

termina. Habiendo reconocido que la muerte ya no es nuestro deseo, nos

liberamos de nuestros amigos del pasado: pecado, culpa y juicio.

Conclusión.

Concluimos con "La morada inmutable", continuando con el párrafo 3.

Como en otras secciones con las que hemos concluido diferentes movimientos de nuestra sinfonía, encontramos aquí un precioso resumen de

nuestra discusión anterior:

(V.3) He aquí el papel que el Espíritu Santo te asigna a ti que sirves al Hijo de Dios y que quieres contemplar su despertar y regocijarte. Él forma parte de ti y tú de él porque es el Hijo de su Padre, y no por ningún otro propósito que tú puedas ver en él. Lo único que se te pide es que aceptes lo inmutable y lo eterno en él, pues tu Identidad reside allí. Sólo en él puedes encontrar la paz que mora en ti. Y todo pensamiento de amor que le ofrezcas no hace sino acercarte más a tu despertar a la paz eterna y a la dicha infinita.

Nuestro papel, implícito anteriormente cuando discutimos los dos primeros

párrafos de esta sección, es aceptar la amorosa respuesta del Espíritu Santo

a la loca creencia de que podríamos cambiar el Cielo. El único Hijo de Dios

se encuentra protegido por la Expiación, la cual enseña que la unidad del

amor nunca ha sido comprometida: "... no se perdió ni una sola nota del

himno Celestial". Nos acercamos a esta aceptación cada vez que ofrecemos

perdón a los demás, aliviándolos de la carga de creer que fueron responsables de nuestra pérdida de paz. Eliminar esa función equivocada de

sus mentes perturbadas elimina la culpa de la nuestra. Al no estar ya condenados por el ego, somos salvados juntos, al despertar gozosamente del

sueño de la muerte y nuestros aprisionados pensamientos ahora son libres

para regresar a nuestra vida eterna en Dios.

(V.4:1) Este sagrado Hijo de Dios es como tú: el reflejo del Amor de su Padre por ti, el tierno recordatorio del Amor de su Padre mediante el que fue creado, el cual todavía mora en él al igual que en ti.

El "sagrado Hijo de Dios" es cualquiera de nuestros socios de amor u odio

especial. Ningún sueño de juicio podrá nunca cambiar el amor que nos une.

Por siempre uno, el amor permanece por toda la eternidad, desterrando

cualquier pensamiento egocéntrico de separación que nos saque de nuestro

lugar de perma-nencia en Dios.

(V.4:2-3) Permanece muy quieto y escucha la Voz de Dios en él, y deja que esa Voz te diga cuál es su función. Pues él fue creado para que tú fueses íntegro, pues sólo lo que está completo puede ser parte de la completación de Dios, la cual te creó.

El Hijo de Dios es perfectamente uno. No hay división en su totalidad; ni

separación ni diferenciación. Cuando el proceso de fragmentación pareció

ocurrir, nuestra unidad pareció romperse en miles y miles de millones de

piezas, lo que nos hace creer que cada uno de nosotros es distinto de los

demás. Necesitamos a esas personas separadas para reconocer que la separación es una ilusión, una proyección de un pensamiento que ahora

podemos cambiar. Nuestras relaciones especiales, vistas con el Espíritu Santo, se vuelven oportunidades para ver que lo de adentro se colocó afuera. Él nos ayuda a revertir estas proyecciones a través del milagro, por

lo que podemos mirar los pensamientos erróneos de la mente y corregirlos.

(V.5) El único regalo que el Padre te pide es que no veas en la creación más que la esplendorosa gloria del regalo que Él te hizo. Contempla a Su Hijo, Su regalo perfecto, en quien su Padre refulge eternamente, y a quien toda la creación le ha sido dada como propia. Y puesto que él dispone de ella se te da a ti. Por lo tanto, contempla tu paz allí donde la

creación se encuentra en él. La calma que te rodea mora en él, y de esa

quietud emanan los sueños felices en los que vuestras manos se unen candorosamente. Éstas no son las manos usurpadoras de los sueños de

dolor. No empuñan ninguna espada, pues han abandonado su apego a todas las vanas ilusiones del mundo. Y al estar vacías reciben en cambio la mano de un hermano en la que yace la plenitud.

Una vez más, esta visión no tiene nada que ver con las apariencias externas

o el comportamiento, sino sólo con nuestra visión interior y los pensamientos. Ya no vemos a otros con intereses distintos a los nuestros,

porque la razón nos dice compartimos una necesidad, un propósito y un

objetivo. Cualquier percepción que fragmente la Filiación debe ser entonces

del ego, ya sea que la fragmentación se vea en nosotros mismos o en otro.

Independientemente de sus objetos corporales, el ataque y el dolor son uno

porque la idea de separación no ha abandonado su fuente en la mente. Y

donde ella se encuentra, allí se puede curar. Los sueños felices del perdón

deshacen silenciosamente los juicios que parecían hacer añicos y dejar incompleto al Hijo que Dios creó íntegro.

(V.6) Si conocieses el glorioso objetivo que se halla más allá del perdón, no te aferrarías a ningún pensamiento, por muy leve que parezca ser su roce con la maldad. Pues entenderías cuán grande es el costo que supone conservar cualquier cosa que Dios no haya otorgado en las mentes que pueden en cambio dirigir las manos a bendecir y a conducir al Hijo de Dios a la morada de su Padre. ¿No te gustaría ser amigo de aquel que fue creado para ser la morada de su Padre? Si Dios lo considera digno de Sí Mismo, ¿lo atacarías tú con las manos del odio? ¿Quién que ponga sus ensangrentadas manos sobre el propio Cielo podría esperar encontrar la paz de éste? Tu hermano cree estar sujetando la mano de la muerte. Mas no le creas. Reconoce, en cambio, cuán bendito eres tú que lo puedes liberar sólo con ofrecerle la tuya. Es necesario entender que debido a que la Filiación es una, un tema crucial en este curso, atacar a otro significa que nos atacamos a nosotros mismos ("Es únicamente a sí mismo a quien crucifico" [L-pl.196]). La constante práctica nos permite traducir la conciencia intelectual de este hecho en una experiencia cotidiana, donde realmente sabemos que alejar a los demás mediante el juicio es unirnos a ellos en la danza de la muerte que no condena a nadie más que a nosotros mismos. Jesús nos pregunta repetidamente a cada uno de nosotros: "¿Es este odio realmente lo que quieres?" Si respondemos "sí", debemos darnos cuenta del alto precio que pagamos por valorar a nuestra identidad personal. Es el costo de sacrificar la paz de la unidad eterna por las efímeras alegrías del triunfo. ¿Quién, excepto un loco, tomaría esta decisión? ¿Y estamos realmente tan locos?

(V.7:1-8:2) Se te ofrece un sueño en el que tu hermano es tu salvador, no tu enemigo acérrimo. Se te ofrece un sueño en el que lo has perdonado por todos sus sueños de muerte: un sueño de esperanza que

compartes con él, en vez de los sueños de odio y maldad que sueñas por

tu cuenta. ¿Por qué parece tan difícil compartir este sueño? Porque a menos que sea el Espíritu Santo Quien le otorgue al sueño la función que debe tener, éste continuará estando al servicio de la muerte, ya que

fue concebido para el odio. Cada forma que adopta es, de alguna manera, una invocación a la muerte. Y aquellos que sirven al señor de la muerte han venido a adorarlo en un mundo de separación – cada uno con su diminuta lanza y enmohecida espada – para cumplir su vieja promesa de morir.

Tal es la médula de miedo de cada sueño que no se le haya entregado a

Aquel que otorga a los sueños una función distinta. Cuando los sueños se comparten, pierden la función de atacar y separar, si bien para esto fue para lo que se concibieron.

También vimos esto en nuestro movimiento anterior, donde Jesús nos pidió

que no nos uniéramos a los sueños de nuestro hermano de enfermedad y

dolor (T-28.IV.1-6). A pesar de que los sueños del mundo fueron hechos para atacar al Hijo de Dios y mantenerlo separado de sí mismo, estos sueños espantosos pueden transformarse del propósito de la ira al del perdón, de la muerte a la vida. Nos hemos dado cuenta de que todo ataque

oculta la necesidad de la mentalidad-correcta para despertar del sueño que

todos compartimos, el propósito común de curar que refleja nuestra unidad

en el Cielo, incluso cuando creemos que somos cuerpos que viven en un

mundo separado de sufrimiento y deseo.

(V.8:3) En el mundo de los sueños, no obstante, no hay nada que esté exento de la esperanza de cambio y mejora, pues no es en él donde se encuentra la inmutabilidad.

La esperanza de mejora no reside en el sueño (el cuerpo) sino en el soñador

del sueño (la mente), un tema que entendemos muy bien a estas alturas.

Jesús quiere que reconozcamos la falta de valor del cambio, a menos que sea el cambio de las pesadillas del ego a los sueños felices de perdón del Espíritu Santo.

(V.8:4-6) Alegrémonos en verdad de que esto sea así, y no busquemos lo

eterno en este mundo. Los sueños de perdón son medios para dejar de soñar con un mundo externo a ti. Y conducen final-mente más allá de todo sueño a la paz de la vida eterna.

La vida eterna no tiene nada que ver con el cuerpo, porque la inmortalidad

proviene de darnos cuenta de que el cuerpo es sólo la proyección del pensamiento mental de la muerte. Todo lo que tenemos que hacer es mirar

atentamente nuestras relaciones, estando atento a los pensamientos de

juicio, odio y ataque: el especialismo que engendra la separación, incluso si

es causado por ella. A través de esta búsqueda mental, llegamos a aprender

que nuestras vidas son nada más que desplazamientos del deseo de mantenernos separados, comprendiendo que este deseo nos mantuvo en la

miseria, al ser la fuente de toda la infelicidad. Es por eso que se nos insta a

no buscar fuera de nosotros mismos la felicidad, sino a mirar solo dentro de

la mente. Allí encontramos la paz que sobrepasa todo entendimiento, llevándonos al Ser que nunca morirá, y a la vida eterna que compartimos

con la Vida Misma.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.